

EL COJO ILUSTRADO

AÑO III

15 DE JULIO DE 1894

Nº 62

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

CARTAS DE PARIS

AL SEÑOR EDITOR DE "EL COJO ILUSTRADO"

París: 1894.

Querido amigo mío: Siempre alerta para cumplir con mis deberes, hice propósito á mi llegada á esta ciudad, de escribir crónica tras crónica de lo bueno y grande que por acaso se ve en París; y ello únicamente para que se palpara mi buen deseo de pagar por modo alguno la honra que me dispensa esa Revista, manteniendo mi nombre, ausente yo, en el membrete de su dirección.

Mas como suele acontecer que propósito de hombre sea propósito vano, así con mis deseos de escribir mucho, ya para complacerte, ya también para tranquilidad de mi conciencia, es lo cierto que mil circunstancias de diverso linaje, y las que hoy mismo tienen mi espíritu embargado, me lo habían impedido; circunstancias que no saco á relucir, aunque pudieran servir de remisión á mi pecado, porque como nunca regateé espontáneas pruebas mi amistad, ni tuvo nadie en tiempo alguno por qué exigiérselas, vivo cierto de que con excusas ó sin ellas gozo hoy como siempre de tu aprecio, y ello me basta.

*

Desde que pisé tierra y leí prensa francesa me hice cargo de las dos dolencias de diversa índole que hoy aquejan á esta gran nación.

1a El *Dinamitismo*, efecto lógico del brutal anarquismo exacerbado por la persecución oficial (á las veces tan ilógica y contraproducente), y puesto en moda, ó incitado indirectamente por las acuciosidades de cierto género de *reportage*, que convierte en héroes á los bandidos y les despierta el apetito de nefanda y triste gloria. (Acerca de esta enfermedad social, ya conocerán los lectores venezolanos el profundo estudio que sobre las causas y efectos del *anarquismo* acaba de enviar á la prensa de Caracas mi sabio amigo el Dr. Gil Fortoul. Así, pues, me abstengo de dar opinión acerca del suceso más notable que hoy por hoy tiene París).

2a El *neo-napoleonismo*. Este mal, que si al juzgarle de manera superficial acusa sólo términos vagos de una lucha histórico-literaria, presenta al observador, si examinado á fondo, los pródomos de una decidida reacción hacia el pasado monárquico; pudiendo calificarse ya sus tendencias de manía aguda, así por la extensión de la zona que abarca, como por la fuerza y constancia de sus manifestaciones.

Pero como en las columnas de EL COJO ILUSTRADO no cabe de modo alguno la política, ni siquiera en su forma abstracta, me limitaré á apuntar á la ligera lo que me ocurra

en orden al por qué de esta reacción; y me extenderé más en cuanto á la persona humana de Bonaparte.

*

La dolencia del *neo-napoleonismo* es muy natural, si hemos de tomar en cuenta el carácter del pueblo francés, ya que este país ni hoy ni nunca ha sido, sinceramente republicano, sino siempre dado (quizá tenga razón) á que le

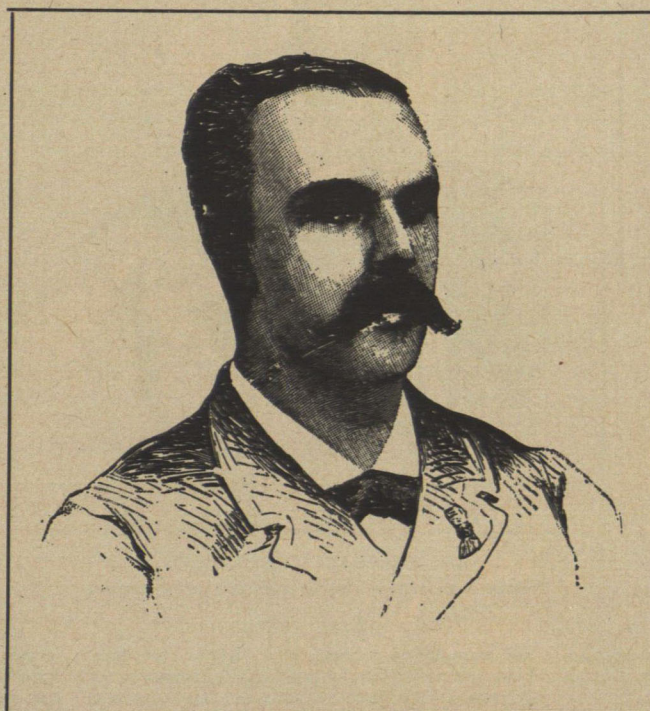
tuaciones políticas: Reinado de Luis XVI, compartido con la Asamblea Nacional; caída de la Monarquía y triunfo de la Asamblea Nacional; la Convención; el Directorio; el Consulado (gobierno de transición para el Imperio Napoleónico); Reinado de Luis XVIII; Reinado de Carlos X; Reinado de Luis Felipe; República de Luis Napoleón: Imperio de Napoleón III; y República actual, cuyas aguas no han corrido tan limpias que no haya venido á enturbiarlas aquel conato del Mariscal MacMahon por entronizar de nuevo en Francia la Monarquía, y el de la tragi-comedia que llevó al suicidio á Boulanger.

¿Por qué, pues, se dirán los que nada medran hoy con la República, por qué no hemos de echar por tierra este orden de cosas y darnos el regalo de un nuevo imperio?

Hay ya un escritor de nota que viene publicando en *Le Gaulois* una serie de artículos encaminados á demostrar los pecados de la República y á enaltecer las excelencias de la Monarquía. Pero aun en el caso de triunfar estas ideas, ¿dónde está ni siquiera el Boulanger que venga á ocupar el puesto? Lo cierto es que una sola voz no se ha levantado para protestar contra los artículos de *Le Gaulois*, y que son recibidos con increíble entusiasmo cuantos libros, memorias y cuentos para enaltecer al héroe, hacen hoy crujir las prensas de los editores parisienses.

Disfrázase para la masa del público esta tendencia irresistible hacia el monarquismo, ó quieren algunos explicarla (de Vogüé, entre ellos), como una mera reacción contra el grande hombre que con lógica irrefutable y documentación precisa puso los puntos sobre las íes en todo lo relativo al carácter político y social de Napoleón. Refiérome al noble pensador que historió la Revolución Francesa, á Taine, que al escribir en el primer volumen de su *Régime moderne* su magistral estudio sobre el gran Corso, supo separarse así de los detractores de oficio, como de los envidiosos del César francés. Nadie en vida pudo contradecir una sola línea de ese hijo eminente de la sabiduría; pero ya en la tumba el moro, lueven á granel alabanzas sin fin en todo y por todo, al que dió el más rudo golpe á las libertades francesas el 18 Brumario.

Y no se limitan las obras nuevas ni las que se reimprimen, á estudiar la persona política de Napoleón, ni á analizar sus actos públicos, ni á calificar sus procedimientos administrativos, nótese en las innumerables memorias y ensayos, que sus autores se proponen antes que todo borrar las manchas de la vida privada del héroe con el agua lustral de la alabanza. A creer en lo que se escribe, ese grande hombre merece además de su palma de mártir político, la corona de las vírgenes. Hay el mismo empeño para él, que el que hubo hace años entre nosotros, por querer despojar á Bolívar, Dios de nuestra patria, pero



M. CASIMIR PERIER
Presidente de la República Francesa

gobiernen reyes de derecho divino ó emperadores de asalto. La misma república que hoy existe—hija legítima del sensato *oportunismo* de Gambetta—no es más federalista para nosotros por su Constitución que una monarquía constitucional con rey elegible cada siete años y derecho á reelección para los subsiguientes períodos.

Además de esta inclinación *sui generis* del pueblo francés, y quizá como efecto de ella misma, podía anotarse también como causa eficiente para una reacción monárquica, la versatilidad propia de esta raza que, amiga siempre de variar, debe hallarse ya más que cansada de las sucesivas presidencias que desde el 70 para acá vienen gobernándola más ó menos mal.—Tal prurito de cambios políticos puede observarlo cualquiera que se tome el trabajo de recordar la historia de Francia en el presente siglo, donde se encontrará con variaciones gubernamentales en lapsos que casi en su totalidad no traspasan un período de 10 años.

En efecto: de 1789 á 1870 vemos que se suceden, más ó menos bruscamente, las siguientes si-

hombre al fin, de sus defectos, que grandes los tuvo porque grande fué él, y sus virtudes habían necesariamente de hallarse en consona relación con sus vicios. Que ha de ser siempre necio de solemnidad quien se dé á contemplar esos genios con ojos de vulgo, ni á medir sus grandiosos actos por el patrón de nuestra pequeñez intelectual, ni á criticar sus acciones en vista de los artículos del Código moral que nos rige á los pigmeos. Y ya que la humanidad engendra solo de tarde en tarde hombres como esos, admiremos su grandeza, aplaudamos lo que hicieron de bueno, y echemos al olvido el mal que practicaron. Los genios jamás pecan.

*

Descartándonos, pues, de considerar la vida pública de Napoleón (analizada hasta la saciedad por las centenas de libros escritos acerca de ella), concretémosnos á decir lo que se nos vaya ocurriendo en orden á una ó dos virtudes que se distinguieron en la vida privada de este hombre y que le son negadas por sus detractores; y todo sin que se nos dé un ardite el que tengan razón ó no la tengan los franceses republicanos de hoy día, en andar aventurando una reacción imperialista, sin persona siquiera á quien clavarle la corona. Buena pró les haga.

Para escritores como Laufrey, Jung y la pléyade de anonimistas franceses y extranjeros, no fue solamente Napoleón, político callado, sino que en mayor desestima le tienen en cuanto á lo doméstico. Para ellos, el César corso recibió desde su nacimiento el hábito de Satán, y todas sus acciones, aun la de vestirse, eran de carácter pecaminoso. Esos tales regalan al héroe con los dictados más duros, y tratan de hundir en sombras á quien dió á la Francia, como ningún otro, si no libertad, sí gloria y leyes. En contraposición á estos *minute philosophers of calumny*, que dice el inglés Morris, vienen los apologistas á destajo, los cuales desmenuzan tanto los más ínfimos detalles de la vida de Bonaparte, que parece como que tuvieran el deliberado propósito de mostrarnos siempre al héroe en paños menores, y de persuadir al mundo de que aquel hombre poseyó y practicó todas las virtudes teológicas y cardinales, sin dar nunca entrada en su alma á vicio alguno.

Ni lo uno ni lo otro. Ni nunca mereció Napoleón el dictado de "Ogro de Córcega," ni nunca se distinguió de los demás mortales en lo que á conducta privada se refiere; más bien, y con justa razón puede decirse, que fué mucho mejor que los demás de su época y su laya. ¿Pues quién se atrevería á compararle al Luis del *Petit Trianón* ni al otro Luis, libidinoso creador del *Parc aux Cerfs*?

Y veamos de saber cuáles las dos virtudes á que antes aludimos.

Dicen los fisiólogos modernos, con visos de completa certidumbre, que las impresiones que recibe el humano-cerebro durante la adolescencia, son como estigma imborrable que le induce, le fuerza en lo porvenir á la manifestación constante y fatal de sus futuros rasgos y tendencias. Así, para el que nació entre flores, finos encajes y sonrisas, y en medio á todo linaje de venturas se hizo hombre, lógico es suponer que ni padeció nunca los rabiosos dolores de ajeno menosprecio, ni tuvo jamás razón para vengar ofensa alguna. ¿Así, Napoleón? No. Todos sabemos que para la primera infancia del héroe no cabe aplicar aquello de

"rodaron de marfil y oro las cunas,"

pues las condiciones de su hogar, si noble por estirpe, ya para aquel entonces muy arruina-

do, por poco le hacen dar el primer vagido sobre paja de pesebre, y entre una vaca y un buey.

Las primeras impresiones de su infancia debieron de ser bien tristes, porque no le fué dado ni aun gozar de los inocentes deleites que á todo niño satisfacen. Las múltiples contrariedades de una forzosa economía fueron el primer espectáculo que se presentó á su ánimo, y esa virtud, la economía, junto con su efecto lógico, que es el orden, lució siempre Bonaparte, aun en medio de las tradicionales fastuosidades de la corte francesa.

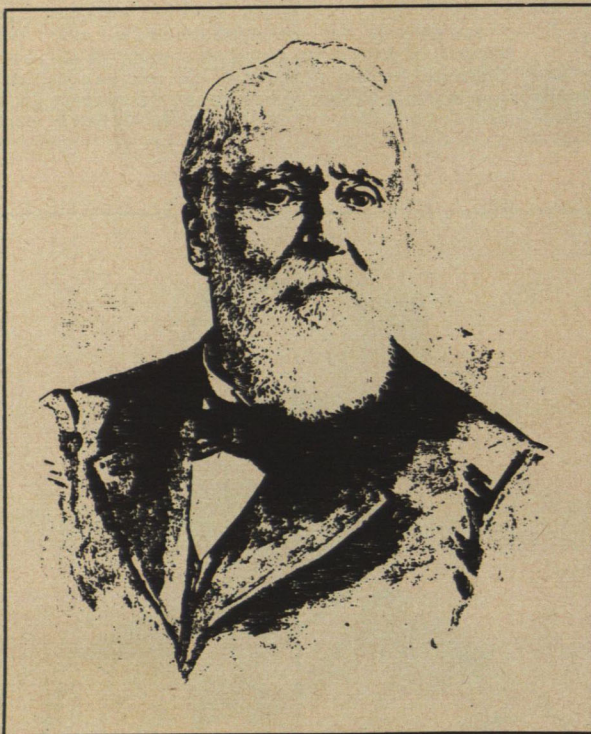
Pobre, muy pobre, dice adiós á los suyos para ir á ocupar un puesto de pensionado en la escuela militar de Brienne; escuela que si

semi-apología, y la diaria carta á la madre querida, llena de frases cariñosas, de útiles consejos. Si trabaja por arrebatarse á Paoli el puesto de "padre de la patria," padre se hace también de su menor hermano, con quien comparte su escuálida pensión, y á veces el propio lecho. Y así, llega á no parar mientes en los sinsabores de la escuela de Brienne, y comienza á sembrar en su alma la noble semilla de purísimos impulsos, los que ostentó siempre en todo el curso de su vida.

Otro cualquiera que Bonaparte habría aprovechado su insólita exaltación al poder universal para saciar instintos de venganza contra aquéllos que le martirizaron en su juventud; pero él, desde que su genio supo agarrarse á la primera coyuntura que le presentó el acaso para subir á escape hasta la cúspide de la gloria y la grandeza humana, trocó en amor el odio que tenía derecho á sentir, y aquel espíritu cesáreo se impuso el deber de recordar los nombres de todos, aun de los más ínfimos de sus condiscípulos para enaltecerles y elevarles á puestos nunca por ellos soñados. Hay, pues, que convenir en que el asesino político del Duque d'Enghien sabía ostentar, como el que más, la noble virtud del perdón, y hasta la eximia de devolver bien por mal. Y ese arte de perdonar vemos que lo lleva á extremos á los que no llegó nunca ningún otro mortal, en análogos casos; porque hemos de admirarle sin rebozo, cuando por amor más que humano cierra sus ojos ante las adúlteras veleidades de Josefina ó enfrente de la conducta de lupanar de Maria Luisa. Todo lo sufre, todo lo perdona, con tal de que en su hogar reine la paz doméstica, y ello, cuando más poderoso aún que su émulo romano, podía arrojar impunemente á la calle á las convictas esposas de César.

De fijo, hay que descontar de sus malas pasiones esta buena propensión y quizá también otra, no menos digna, que estriba en el menosprecio de la grandeza por sí misma. En efecto: no podía ajustar bien á aquel cerebro helénico la ridícula manía que es propia de espíritus incultos, ó señal cierta de degeneración mental; dolencia á que dan los patólogos el nombre de "delirio de las grandezas," y que es enfermedad que se apodera de la generalidad de los humanos cuando, más que propios méritos, el acaso ó la ineptitud de sus contrarios, les eleva de hombres lisos y llanos á Presidentes, Emperadores ó Reyes. Pasa entonces como si en el campo moral se verificase el mismo fenómeno que en el orden físico, cuando ascendemos á un punto extremadamente alto y bajamos la vista hacia las simas, donde todo, árboles, rocas, fuentes y hombres, adquiere á nuestros ojos proporciones microscópicas. Así también en las curules del poder, donde se dan los más á soñar despiertos con una grandeza de oropel, á despreciar lo que momentáneamente contemplan á sus pies, sin recordar que más tarde ó más temprano han de descender de la pasajera altura por la misma senda que á ella les condujo, ó por otra quizá más rápida y violenta.

Ni padeció nunca Napoleón de ese delirio, ni podía ser que padeciera, porque su alta inteligencia, forjada al fuego de los inmortales filósofos é historiadores de Grecia y Roma, excluía de necesidad todo conato de vulgares impulsos, de ruines sentimientos. Lejos de ello, y aunque hayamos de repetir lo que antes insinuamos, Napoleón no sólo perdonó á sus enemigos, sino que á muchos premió sus desvíos ó maldades, y para los amigos de su juventud, que fueron los de toda su vida, colmólos de bienes, y casi ya en la tumba, dejó en sus memorias frases



M. DE CHALLEMEL LACOUR

Presidente de la Cámara del Senado de la República Francesa

fué ciertamente la base de su gloria, fué también gimnasio donde practicó su paciencia los dolorosos ejercicios de soportar con entereza el ajeno desprecio; medio nocivo para cualquiera otro que no abrigara, como él, dentro del pecho, alma de romano; porque allí, al lado de aquellos ricos-homes, Napoleón recibía día tras día el puntapié de recelosa indiferencia, desgarradura más cruel aún que los tajos del odio más profundo. En todo y por todo palpaba á cada instante el morboso despegue, la insultante animadversión que tuvo siempre el oro contra el cobre. No compañeros de faenas, si verdugos de todos los momentos fueron sus condiscípulos. Para ellos los placeres del vino y de la mesa, para ellos las sonrisas y el ardiente abrazo de las bellas; para él su pan negro, su cuartucho de muebles desvencijados, y hasta la malquerencia de las *cantineras*, que nunca regalaron amor á quien jamás pudo pagar sus caricias.

Pero aquella alma viril, según la entendían los griegos, supo sobreponerse á todo. Convirtió los ojos dentro de sí misma, y á fuerza de enérgica voluntad trocó en plácido oasis aquel círculo dantesco. Para entonces consagró todas las potencias de su espíritu á una gran idea y á un noble sentimiento; aquella, la libertad de Córcega, su patria; éste, el incansable amor á los suyos. Con la misma agitación febril escribe al propio tiempo una página de su Historia de Córcega, semi-libelo,



REPOSO. — Antes del baño

de recuerdo en que iban aunados el carifio y la gratitud.

*

Mas, noto de pronto que voy á cien leguas de lo que me propuse; ¿qué hacer, querido amigo, ya que siempre me agrada más divagar que escribir, y con estos mis excitables nervios de aspirante á artista y por más que no lo quiera, he de entonar siempre cánticos de alabanzas al genio, haya sido ó no tirano, paisano ó militar; máxime si he de referirme como en la presente ocasión á ese gran Corso, hijo por línea recta de los Césares de la buena época de Roma, de quienes le vino por herencia su noble ambición de mando y sus talentos de soldado; gloria itálica pura, trasplantada por propia fuerza de audacia y genio al invenero franco-galo, donde hoy está su momia, donde también aún se agitan, viven é imperan las ideas de aquel cerebro incomparable; que por más que le tengan por francés los hijos de Carlomagno, Napoleón fué y será siempre el CÉSAR BUONAPARTE, rey del mundo. A ningún pueblo debió su brillante destino; forjóse él mismo en el yunque de su grande espíritu y con el martillo de su voluntad titánica; y más que en urna de granito donde hoy encierran su esqueleto, reposa él tendido á todo lo largo de la vieja Europa, y ve el poeta, allá en Rusia, reclinada la cabeza del héroe, iluminada por los resplandores del incendio de Moscú, y en España, por las Columnas de Hércules, descansando los fatigados pies del Invencido!

¿Te parece, amigo, digna esta última figura de las columnas de EL COJO ILUSTRADO?..... Pues válgome de ella para truncar aquí esta carta-*imbroglío*, porque son las dos de la mañana, arde mi cerebro, y quiero ir á soñar con mi Patria y mis amores.

Tuyo afectísimo,

M. REVENGA.

París: junio de 1894.

CRÓNICAS YANKEES

Nueva York, julio de 1894.

En el transcurso de esta última brevísima primavera, la ciudad de Nueva York ha visto aumentado con dos más el número ya bastante crecido de las estatuas en bronce y mármol que decoran sus plazas y paseos públicos, por cierto que con poco ó ningún embellecimiento para estos sitios. A imitación de los franceses, los anglo americanos se aficianan más cada día á aquel género de monumentos conmemorativos, como si fuese achaque inseparable de las democracias, la tendencia á destruir por la generalización todas aquellas diferencias y distinciones que son producto espontáneo de la naturaleza, ú obra indiscutible del mérito personal. Asegúrase que la antigua Roma llegó á contener cuatro mil estatuas, dentro del recinto de su Capitolio en el Forum y á lo largo de sus grandes vías, lo que no tiene nada de inverosímil, por cuanto la cantera estuvo allí abundantemente aprovisionada, primero por las guerras de Italia y enseguida por las púnicas, por la fecunda lucha entre el patriciado y el pueblo y más tarde por la conquista del mundo, á lo que se agrega, que fueron griegos los cinceles preferentemente encargados de labrar las figuras de aquella inmensa galería de guerreros, capitanes, poetas y demás hombres ilustres en que tanto abundara aquel gran pueblo. Los franceses modernos se hallan poco más ó menos en iguales ó parecidas condiciones. Tienen una larga y gloriosa historia, que alcanza á abarcar lo de toda la era cristiana, tienen personajes de nombradía, universal y tienen en fin artistas de genio capaces, de dignificar sobre la piedra y el bronce los homenajes decretados por la admiración y la gratitud nacional. Aquí por el contrario, la historia de este pueblo comienza apenas, su desarrollo carece de tradiciones dignas de especial conmemoración, y en cuanto á la gloria de sus hombres ilustres,

excepción hecha de la de unos pocos, es puramente local ó como si dijéramos federativa. Añádase á esto que carece de artifices propios, de gusto estético bien aquilatado y de disposición ó voluntad para asimilarse ó adquirir la obra de producción extranjera; sobre todo en los casos en que están de por medio el puntillo nacional y los celos y arideces de la protección. Resulta de aquí que salvo una que otra ciudad del Sur, que ha tenido el acierto de apelar al arte europeo para construirse monumentos dignos de este nombre, las otras grandes ciudades de la Unión se están literalmente atiborrando de obras vulgarísimas, tan escasas de interés histórico como desprovistas de verdadero mérito artístico. Nueva York y Washington se hallan á la cabeza en esta tarea de abastecimiento al por mayor de estatuas decretadas á troche moche y con escaso criterio, é impuestas no pocas veces por el espíritu de partido ó el orgullo de alguna colonia extranjera. En la ciudad capitolina no hay plaza, parque, paseo ó edificio público de cierta importancia en el que no surja el mármol ó el bronce de alguna estatua, con la circunstancia de que los personajes representados son casi todos hombres de guerra, y por lo general héroes de la guerra civil. En vano busca allí el viajero la estatua del gobernador Morris, á quien tocó la casi sobrehumana tarea de levantar fondos para sostener la lucha de la independencia, la de Alejandro Hamilton, verdadero hombre de Estado á la altura de Washington y de Jefferson, á quien correspondió el honor y la gloria de crear una hacienda verdaderamente nacional y de organizar el crédito público sobre la base de la responsabilidad común, la del juez Marshall, quien como presidente de la Suprema Corte creó la jurisprudencia constitucional que ha salvado hasta aquí la unidad política de esta democracia y la de algunos otros erinentes semidioses civiles cuya historia se confunde con la del progreso moral y político de la república. Si la gratitud nacional no ha olvidado esos hombre, si sus estatuas existen en alguna parte, ellas se mostraron sin duda bajo el campanario de las ciudades y villas natales ó están confundidas entre los mármoles hacinados en el antiguo salón senatorial, bajo una de las cúpulas del Capitolio. En punto á mérito artístico, salvo la estatua en mármol de Washington debida al cincel de Houdon, la de Lafayette recientemente inaugurada, y la que los esclavos libertados por consecuencia de la guerra de 1862 costearon como homenaje de gratitud y que representa al presidente mártir con un liberto á sus pies en actitud de generoso reconocimiento, todas las demás estatuas capitolinas carecen de carácter, algunas son detestables y todas deauncian bien á las claras su procedencia de fábrica que no de taller artístico. Nueva York no sale librada en cuanto á la selección general de sus personajes y al valor real de los monumentos. Un periódico de caricaturas, el famoso cuanto festivo *Puck*, nos dió hace poco un grabado representativo de las más feas y ridículas entre ellas con este irónico mote al pie: "Nuestras obras de arte." Figuran allí la estatua ecuestre de Washington, en que el padre de la patria tiene todas las apariencias del padre de la majadería y la estultez, y la de Lincoln por ella dos veces mártir, cuyo autor merece ser encausado como cómplice del asesino Booth. En el Parque Central campean por su mediocridad al par que por sus respetos las estatuas de varias celebridades europeas y americanas, algunas de ellas verdaderamente doloridas y desnudadas por lo chabacano de su ejecución. Es de advertirse que muchos de estos homenajes no han sido decretados en nombre de la nación ni aun del respectivo Estado. La iniciativa de algunas asociaciones y particulares ha bastado para imponerlos al pueblo americano, como otras tantas páginas en bronce y en mármol, de su historia, de sus afecciones y de sus sentimientos, sistema que en el fondo no pasa de ser una adulteración, seguramente poco digna de crédito ante el juicio de la posteridad.

Es de desearse que nuestra América aunque tan propensa á la imitación no siga semejante ejemplo. Los testimonios de la admiración y del

reconocimiento público, no deben prodigarse su pena en caso contrario de arrebatarle todo su valor. Los chilenos siempre medidos y aunque republicanos inclinados á respetar las gerarquías creadas por el mérito han hecho hasta aquí acertada selección de los hombres á quienes consideran dignos de tales homenajes, pero en cambio las estatuas que decoran las plazas y paseos de su capital mediterránea y los de Valparaíso, su capital marítima, son en lo general pobrísimas obras de arte, algunas verdaderamente estafalarias como la O'Higgins, en la que el héroe simbolizado resulta ser más bien el coronel español que aparece muerto bajo las patas del caballo y no el ginete chileno. Es posible que la estatua del ilustre Bello sea una excepción de esta regla por cuanto los chilenos tuvieron el acierto de encomendar la obra á su compatriota Plaza, escultor de reconocido mérito, á quienes sus paisanos no hacen toda la justicia que debieran, seguramente por aquello de que nadie es profeta en su tierra y de que el sol de casa no alumbraba. Lo cierto es que el autor de la estatua de Caupolicán y del busto de Voltaire que adorna uno de los templos masónicos de la capital, busto digno de competir con el de Houdon, merece que se le considere y trate como una de las pocas pero verdaderas glorias artísticas de nuestra América. La capital del Perú, no poseía hasta 1880 sino dos monumentos de aquel género, pero su calidad suple con sobras lo escaso del número. Nos referimos á la estatua ecuestre del Libertador Bolívar en la antigua plaza de la inquisición y á la del descubridor del nuevo mundo, colocada en frente á la puerta principal del palacio de la exposición, estatua que fué arrebatada de allí por la mano implacable de la conquista. Recordaremos á propósito de la primera un incidente que no carece de interés. Un soldado de la independencia, vencedor en las Queseras, después de descubrirse lleno de emoción ante la figura de su antiguo jefe amigo, advirtió que el estribo estaba mal tomado, observación al fin de ginete que ha conocido muy bien esta parte de su oficio. Guayaquil se adorna ya con tres estatuas, la una dedicada al estadista Rocafuerte, la otra al gran poeta Olmedo el cantor de Junín, y la tercera recientemente erigida al vencedor de Pichincha, considerado justamente por los ecuatorianos como el inmediato fundador de su nacionalidad. No conocemos de las tres sino la de Rocafuerte, llena de carácter y digna bajo todos respetos del personaje que representa y del pueblo en cuyo nombre ha sido erigida. La capital colombiana puede enorgullecerse con fundamento de poseer la más bella estatua de Bolívar, salvo que á fuerza de ser artística y admirablemente acabada en todos sus detalles, requiere un espacio menos amplio que el de la vasta plaza en cuyo centro se levanta. Con suerte menos propicia corrió Santander, el hombre de las leyes, fundador y enérgico custodio en su patria del gobierno civil republicano. Su estatua erigida por mandato expreso de la nación, en la plaza de San Francisco, donde está situada la casa que fue habitación del ilustre magistrado, es una obra detestable, de la cual se asegura que tuvo en manos del escultor su pretendido artefacto, destino muy diferente, de modo que resulta ser una obra de adaptación ó más bien un remiendo. Mejor avisados los habitantes de Cúcuta, obtuvieron un monumento digno de su objeto, á juicio de las personas competentes que lo examinaron en Europa y más tarde en el lugar de su colocación. La gratitud colombiana ha consagrado dos estatuas más al Libertador Bolívar, la una en Tunja, á poca distancia del glorioso campo de Boyacá; la otra en Santa Marta, donde el guerrero rindió la última jornada de su vida. Mosquera tiene su estatua en el primer patio del inconcluso Capitolio de Bogotá; la de Padilla, el Nelson colombiano, adorna la plaza principal de Río Hacha, y recientemente Cartagena ha rendido igual homenaje á su hijo, el poeta Madrid, último presidente de la República durante el período que se llamó de la Patria boba, por cuanto fue sublimemente candorosa y llena de generosidad la política sin sangre y sin violencias que practicaron sus principales fundadores. La estatua de Nariño, el insigne bogotano, uno de los grandes precursores



Una página del Album de la señora Eloísa de Silva Gandolphi

de la Independencia hispano-americana, está para fundirse, y según nuestros informes, será una verdadera obra de arte. El escultor, que es un distinguido artista italiano al servicio de la República, ha escogido para representar dignamente al héroe, la actitud que éste tuvo en el momento en que, prisionero anónimo de los españoles y oyendo que la chusma congregada en la plaza de Pasto, pedía á gritos la sangre de Nariño, salió al balcón y se denunció profiriendo en alta voz estas palabras: "¡Aquí lo tenéis!" El cuerpo se avanza hacia el peligro en actitud de desafío; la fisonomía es irónica y despreciativa y el héroe lleva las manos al pecho como para señalar el sitio en que recibirá impasible el golpe mortal de que está amenazado. Ejecutada en tales condiciones la obra será digna de parangonarse aun con la del mismo Tene-rani.

Pero volvamos, pues ya es tiempo, de esta larga si bien pertinente digresión, al tema principal de nuestra crónica. Las dos nuevas estatuas á que arriba nos hemos referido, representan la una al Descubridor del Nuevo Mundo, la otra á Horacio Greeley, tipo y dechado del periodista anglo-americano en la época en que la prensa política de este país no se había convertido aun en mera grangería de empleos y de dinero. Colón tenía ya su estatua, regalo de la corona italiana, quien la hizo inaugurar oportunamente ó sea durante las fiestas del centenario, pero este monumento bastante arbitrario en cuanto á la figura del héroe y á su caracterización histórica, representa más bien que un homenaje al hombre y á su gloria, una invectiva á España y una egoísta cuanto desautorizada reivindicación nacional. Se conoce el celo con que los italianos y en particular los genoveses, reclaman para su patria el honor de ser la cuna del gran navegante. Esta reivindicación bastante pareci-

da al tardío dolor de aquellos parientes cuyas afecciones de familia se despiertan sólo á la noticia de una cuantiosa herencia, la llevan sus autores hasta increpar á España su ingratitud para con el descubridor. Abundando en estas ideas, el artífice de la estatua y los que promovieron su erección, han incluido en el simbolismo del monumento el secundario cuanto odioso incidente de las cadenas puestas á Colón por sus émulos envidiosos de la Isabela, como para persuadir á la posteridad de que España, después de aprovechar la obra del genio, no acertó á recompensarlo sino con hierros y vejaciones. La nueva estatua recientemente inaugurada, restituye á la evocación de la gran figura sus caracteres históricos propios. Es el Colón desconocido del resto de la Europa, adivinado y consiguientemente nacionalizado por España. No es el hijo del terruño, sino el de su propia gloria. Es el descubridor á quien secundan poderosamente los dos agentes únicos capaces en aquella época de acompañarlo en su empresa y de contribuir á la realización de su obra: el soldado de los ocho siglos de lucha contra los moros y el fraile de la fé profunda é incontestable. Génova que no vió en Colón sino un pobre visionario, estaba tan inhabilitada como el resto de la península para adivinar su genio y favorecer sus planes. La Italia entera principiaba á reaccionar á la sazón contra los fecundos fanatismos de la edad media, para entregarse por el arte y el estudio á los goces serenos del renacimiento, mientras que España conservándose en estado de gracia por la fidelidad á sus heroicas tradiciones y á su temperamento batallador, era por entonces el único pueblo de la Europa para quien los planes mitad científicos mitad religiosos de Colón representaban algo más que una demencia sublime ó como ahora se dice una simple neurosis. Separar la gloria de Colón de la gloria de España, na-

cionalizar á este último dentro del pedazo de tierra que lo vió nacer y suprimir por sólo un incidente la protección acordada al genio del hombre, es tarea de envidia antes que de admiración, tarea contra la cual protestan á la par la historia que registra los hechos y la conciencia humana que los avalora con un criterio superior á los prejuicios y competencias de nacionalidad. La obra es sólo una copia, ejecutada por el mismo escultor de la que adorna una de las principales plazas de Madrid. Un distinguido norteamericano, que visitó ahora años aquella capital, y admiró mucho la propiedad y belleza de la estatua, y se propuso obtener una copia con destino á esta ciudad, de regreso de su viaje, promovió al efecto una suscripción pública, se entendió con el artista, y á vuelta de poco tiempo tuvo la satisfacción de ver realizada su feliz idea. La estatua está colocada en uno de los puntos cercanos al Parque Central, donde se cruzan las avenidas sexta y séptima siendo el lugar una plazoleta suficientemente amplia para que el monumento pueda ser debidamente apreciado. Es del más puro mármol de Carrara, y así por sus dimensiones como por su actitud y principales rasgos fisonómicos realiza en cuanto es posible el ideal que nos sugieren la leyenda y un poco también la tradición. Si no estamos equivocados el artista se ha guiado en su obra por las indicaciones del importante estudio iconográfico que ahora 43 años principió á publicar en Madrid el distinguido anticuario español Don Valentín Carderera miembro de las Academias de la Historia y Bellas Artes de San Fernando de Madrid. Dicho estudio se hizo para satisfacer á la ciudad de Génova, que con el propósito de erigir una estatua al gran navegante, pidió al Gobierno español su opinión acerca del mejor retrato de

aquel personaje. "La comisión, dice á este respecto un escritor de nuestros días, fué dada á la Academia; y entonces el señor Carderera preparó un interesante informe, en el cual después de largas y eruditas disertaciones, declara que el retrato que creía auténtico, era el que grabó Capriolo en Roma en 1596, que tiene bastante semejanza con el que ha publicado en 1856 Roselly de Lorgues al frente de su historia francesa de Colón, atribuyéndolo á un pintor español del tiempo de los reyes católicos llamado Antonio del Rincón." Supuesta la certidumbre de tan segura guía, la nueva estatua resulta ser á un tiempo una justa rectificación histórica y la más fiel de las representaciones artísticas del gran descubridor.

Horacio Greeley murió prematuramente en esta ciudad el 29 de noviembre de 1872. Veinte y cinco días antes, su nombre había sido depositado en las urnas de la elección presidencial por dos millones ochocientos setenta y nueve mil ciudadanos de uno y otro partido que habían rehusado su voto para la reelección del general Grant. Fundador y redactor por 30 años consecutivos del *Tribune*, diario republicano que vé la luz en esta metrópoli, había conquistado en la dirección de ese periódico una autoridad que muy pocos han alcanzado después. Contaba solo 61 años, cuando desapareció de la escena, pero la lámpara del trabajo encendida doce y hasta, catorce horas diarias durante los dos tercios de su vida devoró rápidamente el combustible, y la amistad como la ciencia fueron impotentes para retener la llama. Sus amigos atribuyeron no obstante su muerte á las fatigas de la reciente campaña, y sobre todo á la amargura que le propinaron sus adversarios, doblemente agresivos en aquella circunstancia, por cuanto el candidato que les disputaba la victoria salía de sus propias filas.

Cuarenta y seis años atrás ó sea por allá á mediados de 1826, un muchacho de estrafalaria figura y de una fealdad cuasi apocalíptica, dejaba á pie y con algunas mudas de ropa envueltas en un pañuelo izado al extremo de un bastón, su humilde hogar de New Haven para trasladarse á la pequeña ciudad East Poultney en el Estado de Vermont.

Llevábalo allí el deseo de contratarse como obrero tipógrafo en la imprenta del único periódico que por entonces se publicaba en aquella localidad. Su director propietario era un modesto agricultor llamado Amos Bliss quien ejercía al propio tiempo las funciones de inspector de escuela, lo que quiere decir que araba á la vez la tierra y las almas. Greeley que no era otro el muchacho, debió su inmediata colocación á aquella feliz circunstancia. La práctica escolar había enseñado á Amos Bliss á desconfiar de las apariencias y á no juzgar á los hombres por sólo su aspecto exterior.

Sabía que la naturaleza, como aquellos ricos pecheros de la Edad Media, que perseguidos por la inseguridad y la envidia, construían interiores opulentos, ocultos tras de fachadas miserables, suele ella también levantar fábricas igualmente engañosas. A más de esto, una conversación de algunos minutos con aquel muchacho de 15 años que acababa de recorrer á pie un camino de muchas leguas en busca de trabajo, lo persuadió de que estaba en presencia de un carácter y de una inteligencia poco comunes, por lo cual, haciendo caso omiso de las burlas y risas de sus demás empleados, lo contrató por cuatro años, previa la aprobación de su padre. Las condiciones del ajuste eran las más apropiadas para poner á prueba el carácter de Greeley. Durante los seis primeros meses de su aprendizaje tendría habitación y comida, y de ahí en adelante un salario de \$ 20 al año, ó sea un peso 66 cts. al mes; los términos no podían ser más duros é ingratos, pero el muchacho, aun á despecho de las observaciones de su padre, convino en ellos y aceptó aquella especie de esclavitud como saludable escuela para la disciplina de su vida. Cuatro años más tarde ó sea al término de su contrato, trasladó sus penates, es decir, su habilidad de cajista y su fe en el trabajo, á la ciudad de New York, teatro más amplio pero también más concurrido y difícil donde con éxito vario continuó peleando la tremenda batalla. Después de le-

vantar mucho tipo por cuenta de otros, resolvió hacerlo por su propia cuenta. Tenía para las luchas de la prensa en las que se lanzó en seguida, elementos que debían llevarlo muy lejos: convicciones sinceras, ideales generosos, un profundo sentimiento de la justicia y del bien público, amor al estudio y felices disposiciones para exponer con claridad, con lógica, siempre con originalidad y á veces con elegancia. Fundó el *Log cabinet*, más luego *El Neoyorquino* y por último la *Tribune*, revista de carácter semanal, empresas todas ellas que si fracasaron como negocio, colocaron no obstante á Greeley en el número de los escritores públicos á quienes el pueblo oía con atención y respeto. Al fin el 10 de abril de 1841 tuvo la satisfacción de presentar al público el primer número del *Tribune*, diario netamente liberal ó *Whig*, cuyo prospecto incluía formal promesa de respetar el hogar de sus lectores por la sistemática é inflexible proscripción de todo escrito sensacional ó escandaloso. El precio del diario era de un centavo el ejemplar, innovación esta última con la cual Greeley planteaba en América el sistema de la prensa barata que Girardin había inaugurado seis años antes en Francia con su famoso diario *La Prensa*, pero á esto no más se limita la semejanza entre los dos escritores empresarios, pues Greeley preservó siempre la integridad de sus convicciones y la probidad de su conciencia. El éxito del nuevo diario fue tan satisfactorio que al terminar el primer año de su existencia pudo aumentar considerablemente sus proporciones y duplican su precio. No cabe en el reducido espacio á que se extiende esta crónica la narración y el juicio de la larga carrera periodística de Greeley. Advertiremos tan sólo que ella fue noblemente ilustrada por una valerosa protesta contra la inicua guerra de México, y más tarde por el apoyo que prestara á la integridad política de la Unión sobre la base de un derecho igual para los hombres de todas las razas y de todos los colores. Proteccionista de la escuela de Carey, es dudoso que Greeley hubiera consentido en asociarse á la degeneración de esa doctrina, formando en las filas de los partidarios de la tarifa Mc. Kinley. El quería la protección á título de prima para una educación industrial por determinado tiempo, de ninguna manera como un permanente privilegio para las clases manufactureras que, especulando con el sentimiento del patriotismo exigen el consumo obligatorio de sus productos.

A la muerte de Greeley ocurrida como queda dicho inmediatamente después del desenlace de la lucha presidencial, en la que su nombre encarnó un programa de probidad y economía en la administración y de magnanimidad y justicia para los vencidos del Sur, todos aquellos que lo habían combatido con las armas del insulto y hasta con las de la calumnia, se apresuraron á enmendar la plana sustituyendo aquellos ataques con elogios de todo género. Justicia á los muertos tanto más fácil de hacer cuanto que ellos no disputan ya á sus pretendidos jueces sino los cuatro palmos de tierra en que se han de podrir sus huesos; justicia la más de las veces farisaica delante de la cual el cadáver de Patroclo arrastrado por el carro de su vencedor nos parece preferible á lo menos por su primitiva naturalidad.

Sin embargo los homenajes sinceros no han faltado al fundador y redactor del *Tribune*, sus cenizas reposan bajo un bello monumento costeado por los tipógrafos de todo el país en el hermoso cementerio de Greenwood de la vecina ciudad de Brooklyn. Hace dos años que con ocasión de instalarse en su nuevo local, un verdadero palacio, la empresa del *Tribune* inauguró la estatua de su fundador. El monumento está colocado á la puerta de aquel edificio, y está muy bien allí, pues hace tiempo que el espíritu de Horacio Greeley no habita el interior de ese hogar periodístico. La tercera y última estatua cuya inauguración fué la fiesta más prominente y simpática entre las del *decoration day*, se levanta en el triángulo formado por la 6a avenida y las calles Broadway y 33. Es un bello bronce obra del escultor Doyle, vaciado en las oficinas de fundición de los señores Henry Bonnar & Co de esta ciudad. Greeley apa-

rece en la actitud sedentaria y con el aire preocupado y pensativo, que es propio de su profesión. En una mano tiene un papel y en la otra sus anteojos, como para recordar que el cerebro no trabaja sino á costa, las más de las veces, de órgano tan esencial como la vista. Una última observación para concluir. Lincoln y Greeley tuvieron más de un punto de semejanza, siendo el más curioso de entre ellos el de su común afición á la poesía. Ambos adolecieron de versos y los escribieron á su modo: profundamente melancólicos y llenos de simbolismo los de Lincoln: socráticos y docentes los de Greeley. Tan cierto así es que para dirigir por buen camino las sociedades humanas, es necesario amar un poco á los hombres y compartir aquellos de sus dolores que son la fuente principal de la poesía.

R. B.

DE LEOPARDI

EL SÁBADO EN LA ALDEA

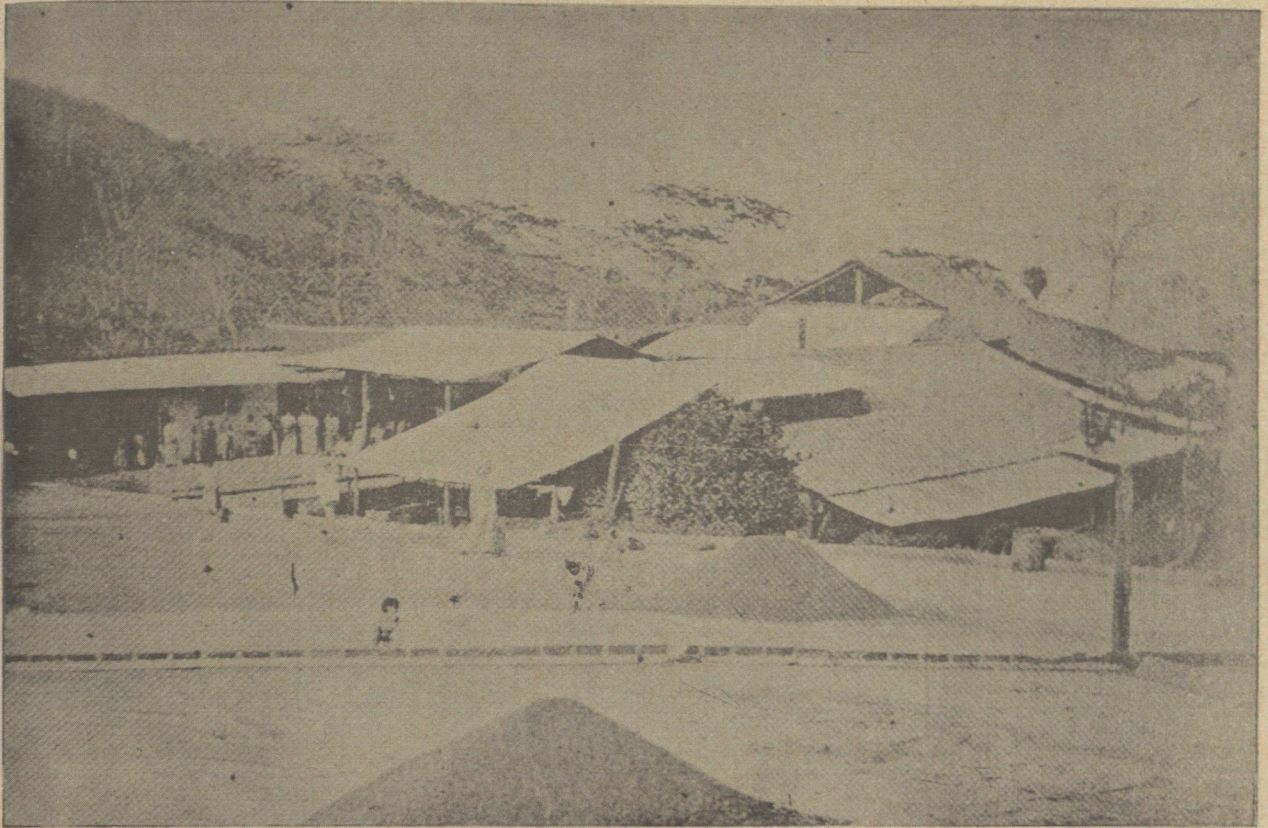
Torna del campo alegre la zagala,
ya que el sol va muriendo,
con su rollo de espigas; y hace gala
de un macito de rosas y violetas,
con que, según costumbre, en lazos bellos
se adornará mañana,
día de fiesta, el seno y los cabellos.
Charla con sus vecinas
enfrente al sol que pálido se esconde,
sentada á hilar la pobre vejezuela;
é historias mil refiere peregrinas
de la feliz edad, cuando ella ufana
daba también al sol su cabellera,
y ágil y moza entonces, bien sabía
danzar entre la turba, compañera
de sus pasadas horas de alegría.
Ya el aire se oscurece,
limpio se ve el azul, y alzan su sombra
los techos y colinas por doquiera,
al blanquear de la naciente luna.
Y suena la campana,
recordando la fiesta venidera;
y á sus conciertos que entusiasmo excitan
alegre el corazón se reconforta.
Los rapazuelos gritan
saltando en multitud por la dehesa,
y jugando y corriendo
forman grato rumor: á parca mesa
sentado en tanto el jornalero ansioso,
aguarda ya su día de reposo.

Después, cuando apagado el ruido, yace
todo en silencio blando,
se oye el martillo y la tajante azuela
de el carpintero en vela,
que en su taller oculto, se acalora,
á la luz trabajando,
por rendir su tarea con la aurora.

Este es de la semana el mejor día,
de esperanzas cargado y de alegría:
mañana, descontento
habrán las horas, y al trabajo usado
todos han de volver el pensamiento.

Jovencillo agraciado,
esa tu edad florida
es como un día de embelesos lleno;
día claro, sereno,
que precede á la fiesta de tu vida.
Goza, querido, que estación gallarda,
sazón alegre es ésta.
Y aquí debo callar; mas si tu fiesta
no llegase muy pronto..... aguarda, aguarda.

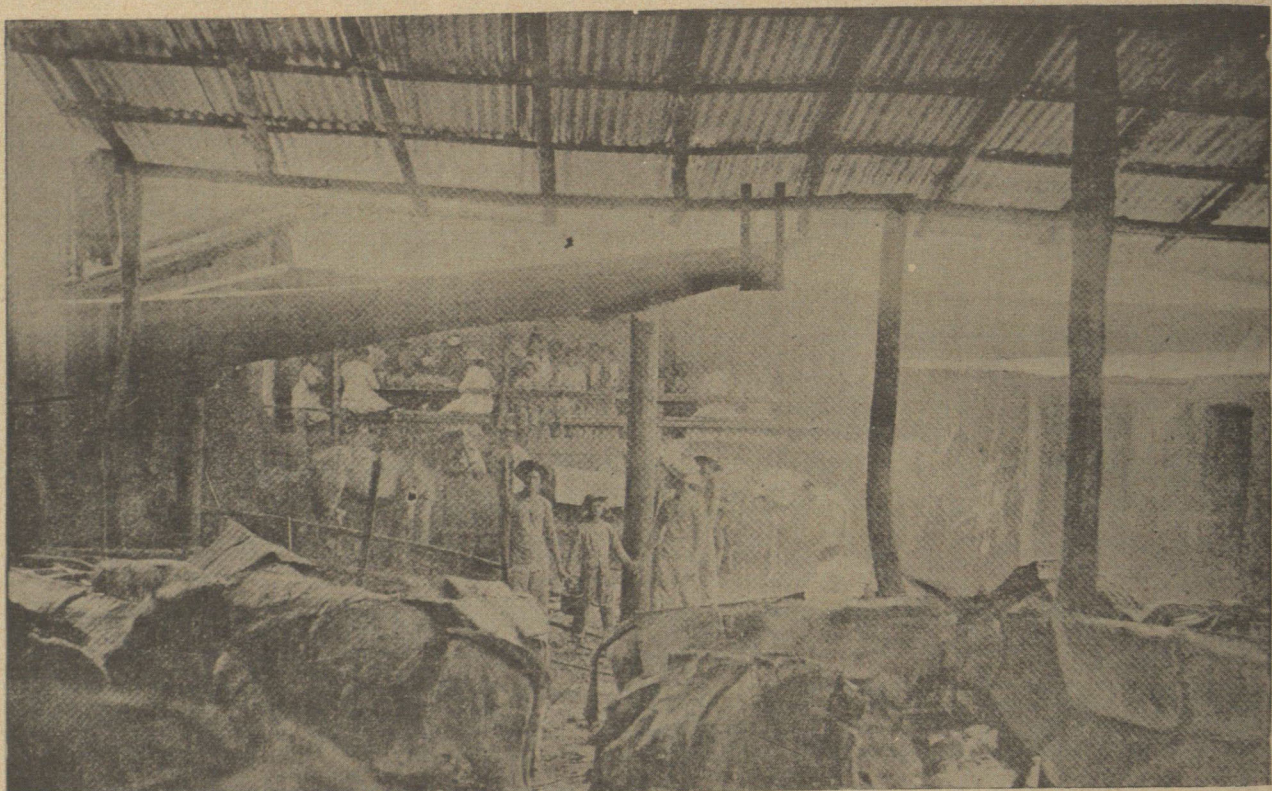
E. RIVERO.



EDIFICIO DE LA HACIENDA «LA HERMINIA,» propiedad del señor General W. Casado



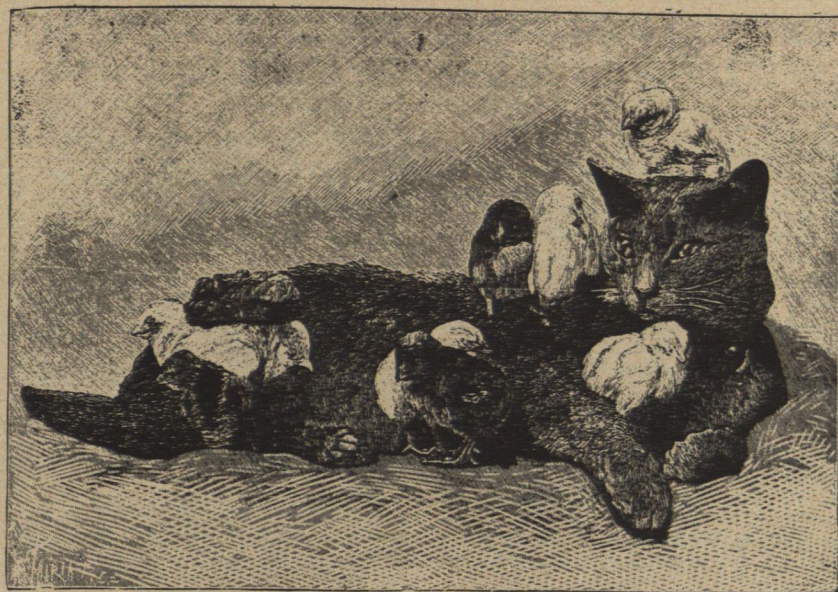
GRUPO DE EMPLEADOS DE LA HACIENDA «LA HERMINIA,» — Ocumare del Tuy



INTERIOR DEL EDIFICIO Y SALA DE ESCOJER CAFÉ. — HACIENDA «LA HERMINIA.»



ALMACÉN DE LOS SEÑORES GUARDIA HERMANOS. — Ocumare del Tuy



UNA GATA Y SUS POLLUELOS

POR DANIEL BELLET

Traducido por el Dr. R. Villavicencio

Título original, si los hay, y que es perfectamente fundado por paradójico que parezca. La mejor prueba es que el grabado que acompaña á estas líneas es hecho según una fotografía.

El gato no tiene la reputación de ser muy sociable; el perro y las aves saben algo de esto. El primero, porque se mantiene siempre respecto del otro, sobre una defensiva que es casi agresión. Las segundas, porque aquellas inquietas siempre que están á su alcance. Hay, sin embargo, excepciones á esta regla. Por lo que hace al perro, podría yo citar una que me es personal. Yo tenía una perra de Terra Nova y una gata que vivían bien avenidas hasta el punto de que la gata venía todos los días á acostarse delante del fuego en el forro de pieles de la perra. Minette tuvo prole: la perra iba á buscarla todas las mañanas; tomaba un gatito en su boca con mil precauciones; le traía cerca del fuego de la cocina; tornaba á buscar otro, y todos así sucesivamente, siempre acompañada de la gata. Toda la familia se instalaba en seguida al calor en el largo pelo de la perra.

He aquí ahora otros dos ejemplos curiosos que muestran el extraño afecto de dos gatos por pequeños polluelos. El primero lo tomamos del diario americano *The Feathered World*, 6 sea "El Mundo plumífero." Uno de los polluelos de una camada se había estropeado y se encontraba inhábil para seguir á su madre en busca de alimentos; estaba medio muerto de hambre cuando, de pronto, desapareció. Al día siguiente le encontraron en el nido de una gata, con tres gatitos, á los que la madre cuidaba lo mejor que podía. Todos los días, la gata tomaba el polluelo con la boca, y le traía al patio de la quinta en donde él podía recoger fácilmente su alimento á su derredor. Terminada la comida, le llevaba de nuevo con precaución cerca de sus pequeños. Toda la gente de la quinta como es de suponerse, vigilaba con estupefacción estos procedimientos. Gracias á los buenos oficios de *minette*, no solamente vivió el polluelo, sino que creció en

buena salud; su pierna quebrada se soldó, adquirió fuerza, y el pollo se encontró luego en estado de atender por sí mismo á sus necesidades. No se nos dice como probó su agradecimiento á su madre adoptiva.

Pasemos á nuestro segundo ejemplo, tomado del *Scientific American*, que representa nuestro grabado. Una joven gata malteca, con motivo de circunstancias que desgraciadamente no se expresan, se enamora de una camada de nueve polluelos que acaban de salir del cascarón, y les cuida con tanto amor como lo haría su propia madre. Si alguno se aleja, se pone á maullar con inquietud para llamarle. Los polluelos, por su parte, están encantados con tan sabroso y caliente felpudo en donde pueden acurrucarse y dormir tranquilamente. No dejan de escharbar con el pico y las patas hasta encontrar un sitio á su agrado. La gata les contempla con beatitud, muy feliz al verse rodeada de esta familia adoptiva.

Compréndese que no se trata de la vulgar curiosidad del hecho, sino que, bajo el punto de vista científico, es interesante comprobar estas modificaciones, estas alteraciones del instinto.

TRES HORAS DE VIAJE

I

LA GUAIRA—PARTIDA

Ya asoma el lucero del alba y atrás dejo el mar que ruge con estrépito, el Neptuno de Foulton que desafía vientos, ondas y tempestades, y el caballo de Stephenson que piafa en lontananza por patear con su casco de hierro, en rápida carrera, las espaldas del Ávila.

Trepo, caballero en una mula, el áspero y pedregoso sendero, ya enclavado en sus cortadas, ya envuelto en las tinieblas que forma el ramaje entrelazado de los árboles, ora empuinado sobre los picos de las rocas como águila que deja su movable lecho, buscando ávida la luz del día, ora resbalando en la pendiente como las aguas que buscan su nivel natural.

Subo y subo y por doquiera me rodea la soledad: nada turba el silencio, lenguaje mudo de la noche, á no ser el grillo con su voz estridente, la cigarra que presintiendo el caluroso estío se despide, triste, de la alegre y florida primavera, ó esos ruidos lejanos de aguas que corren y tropiezan, de piedras que ruedan y se chocan, de árboles que caen, de alimañas que saltan á la espesura ó de auras que juegan con la variada cabellera de las plantas formando en armonioso unísono acorde, ese concierto sublime con que la naturaleza canta constantemente himnos de gratitud á su Creador!

II

PERICO

Llano es el terreno, marchó por la fila entre dos valles que corren á derecha é izquierda; aún se escucha la voz ronca del mar por el N. y se levanta al S. con su respiración poderosa la elevada montaña; los cafetales visten su túnica de albos jazmines, sopla suave terral saturado con deliciosa esencia, la luna en su último cuarto, delgada como la hoz del segador, descubre su faz en la cortada y derrama sus rayos de plata sobre la solitaria comarca y se aclara el sendero y acá y allá y acullá las macetas de lirios blancos y amarillos exhalan de sus copas perfumes de voluptuosa virginidad y se escucha y se mira precipitándose de roca en roca y de 800 metros de altura, bulliciosa cascada que simula tira inmensa de encajes tejida con hilo de nieve por mano de hadas y por sobre todo, mar rugiente, albos jazmines, cuesta empinada, catarata habladora, el firmamento azul de los trópicos cargado de titilantes estrellas como enjambre de niños inocentes que pestañean al despertar!.....

¡Humanidad soberbia, humíllate ante Dios! Ante este cuadro ¿qué son los frescos del Cementerio de Pisa, las logias del Vaticano, el juicio final de la Sixtina, la torre de filigrana inclinada ni la cúpula maravillosa de San Pedro?..... juego de niños, vanidad de hombres, humo de gloria!.....

III

CARACAS

La loma, la Cumbre ya quedan á mi izquierda; ténue velo empalideciendo el luminar de las noches; las estrellas avergonzadas ante el rubio Febo que nace, como lámparas faltas de aceite, como humildes camareras ante la majestad real, como el justo moribundo ante la Divinidad, van cerrando sus ojos gradualmente; silba el turpial, gorgoea el capa-azul, trisca el cabrito en los collados, muje el becerro en el cortijo y allá en lontananza, en valle extenso, entre flores de algodón, entre copos de nieve, entre nubes de vapores odoríferos, ténues, impalpables, aliento de la Divinidad, aparecen techos rojos, enhiestas agujas, blancas cúpulas como manada de garzas, cidras y gaviotas que se levantan de la tersa, unida, tranquila superficie de la poética laguna de Tacarigua.....Es Caracas, la ciudad de Losada, la predilecta de Bolívar que enorgullece la libertad, que ostenta como las huries del Profeta, el día de sus esponsales, los ricos y espléndidos regalos.....Sí, Caracas, nido de mis afectos, oye y no te envanezas.....Flores, de Ycolli artístico, Roma del rico Pincio, echan de menos la cumbre ó el Calvario, cuadros de admirable verdura, lujo de vegetación exuberante, flores de concentrada esencia, primavera creciente de eterna poesía.

PEDRO MANRIQUE.

Junio 30 de 1883.

EL SITIO DE BERLIN

Subíamos por la avenida de los Campos Elíseos con el doctor V., preguntando á las paredes llenas de agujeros por las granadas, á las aceras desenlodadas por la metralla, la historia de París durante el sitio, cuando un poco antes de llegar á la gloria de la Estrella detúvose el Doctor, y mostrándome una de esas grandes casas de esquina tan pomposamente agrupadas alrededor del Arco de Triunfo, me dijo:

—¿Ve U. esas cuatro ventanas cerradas allá arriba, sobre aquel balcón? En los primeros días de agosto, de aquel terrible mes de agosto del año último, tan preñado de tormentas y desastres, me llamaron ahí para ver un caso de apoplejía fulminante. Era en casa del coronel Jouve, un coracero del primer Imperio, anciano encalabrado por la gloria y el patriotismo, quien desde los comienzos de la guerra había venido á alojarse en los Campos Elíseos, en un cuarto con balcón..... ¿Adivina U. por qué? Por asistir á la entrada triunfal de nuestras tropas..... ¡Pobre viejo! La noticia de Wissemburgo la supo al levantarse de la mesa. Al leer el nombre de Napoleón al pie de aquel parte oficial de la derrota cayó al suelo como herido por un rayo.

«Encontré al veterano coracero extendido, cuan largo era, sobre la alfombra de la estancia, con la cara inyectada en sangre é inerte, como si hubiese llevado en la cabeza un golpe de maza. De pie, debía de ser muy alto; tumbado, parecía inmenso. Hermosas facciones, dientes soberbios,

un eco de aquella alegría nacional entró á visitar á nuestro pobre sordo-mudo hasta en los limbos de su parálisis, pero es lo cierto que al acercarme á su cama aquella tarde, no encontré en él ya el mismo hombre. Su mirar era casi lúcido, su lengua menos torpe. Tuvo fuerzas para sonreírme, y tartajó dos veces: «Vic..... to..... ria».

—«¡Sí, Coronel, gran victoria!»

Y á medida que le daba detalles sobre el magnífico éxito de Mac-Mahon, veía cesar la tensión de sus facciones é iluminarse su rostro.....

«Cuando salí me esperaba la joven, pálida y de pie ante la puerta. Sollozaba.

—«¡Pero si está salvado!»—la dije, apretándole las manos.

«La inteliz criatura apenas tuvo ánimos para replicarme. Acababan de anunciar el verdadero parte oficial de Reichshoffen: Mac-Mahon puesto en fuga, todo el ejército aplastado. Nos miramos los dos consternados. Ella se desolaba, pensando en su padre; yo temblaba, pensando en el viejo. De seguro no resistiría este nuevo sacudimiento..... Y sin embargo, ¿cómo conducirnos?..... ¡Era preciso dejarle su alegría, las ilusiones que le hicieron revivir..... Pero entonces necesitábase inventar mentiras.....

«Pues bien, ¡yo mentiré!—me dijo la heroica doncella, enjugándose á toda prisa las lágrimas, y radiante, volvió á penetrar en el cuarto de su abuelo.

«Ruda tarea fue la que se impuso. Los primeros días aún pudo ir saliendo: el pobre señor tenía débil la cabeza y se dejaba engañar como un niño. Pero, con el retorno de la salud, sus ideas iban siendo más claras. Era menester tenerle al corriente del movimiento de los ejércitos, redactar para él partes militares. En verdad que inspiraba honda pena el ver á aquella linda joven-cilla inclinada día y noche sobre el mapa de Alemania, clavando en él banderitas tricolores, esforzándose por combinar una campaña gloriosa entera: Bazaine cerca de Berlín, Froissart en Baviera, Mac-Mahon junto al Báltico. Para todo esto pedíame ella consejos, y yo la prestaba mi ayuda en cuanto me era posible; pero el abuelo era quien sobre todo nos servía en aquella invasión imaginaria. ¡Había conquistado á Alemania tantas veces bajo el primer Imperio! Sabía de antemano todos los incidentes:

«Ahora van á ir á tal punto..... Van á hacer esto ó lo otro..... Y sus previsiones realizábanse siempre, lo cual no dejaba de enorgullecerele.

«Por desgracia, á pesar de que no cesábamos de tomar ciudades y ganar batallas, para él nunca íbamos bastante de prisa. ¡Era insaciable aquel viejo veterano!..... Todos los días, al llegar allí, me notificaban un nuevo hecho de armas.

—«Doctor, hemos tomado á Maguncia—me decía la joven, saliendo á mi encuentro con amarga sonrisa; y á través de la puerta oía ya una voz alegre que me gritaba:

—«¡La cosa marcha, la cosa marcha!..... Dentro de ocho días estamos en Berlín.

«En aquel momento, á los prusianos no les faltaban más que ocho días para llegar á París..... Desde luego nos preguntamos si no sería lo mejor trasportarlo á provincias; mas tan pronto como estuviere fuera, el estado de Francia se lo revelaría todo; y aun le hallaba yo demasiado débil, en extremo entorpecido por su gran sacudimiento, para permitirle conocer la verdad. Por tanto, decidimos que se quedase.

«El primer día de asedio, bien lo recuerdo, subí muy conmovido á verlos, con aquella angustia que ponía en todos nuestros corazones el ver cerradas las puertas de París, la batalla al pie de sus muros, los pueblecitos de nuestros contornos convertidos en fronteras. Encontré al buen señor sentado en la cama, rebotando júbilo y satisfacción:

—«¡Vaya—me dijo—al fin ha empezado el sitio!

«Le miré lleno de asombro.

—«¿Cómo, Coronel! ¿Sabe U.?.....

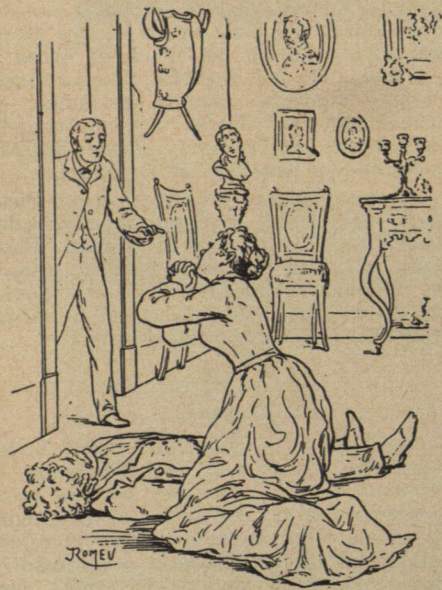
«Su nieta volvióse hacia mí:

—«¡Pues bien, doctor, sí!..... Gran noticia..... Ha comenzado el sitio de Berlín.

«Decía ella esto tirando de la aguja, con un as-

pecto tan solemne; tan tranquilo..... ¿Cómo había de sospechar él ninguna cosa? No podía oír el cañón de los fuertes. No podía ver este desdichado París, siniestro y caído. Lo que desde su lecho veía era un lienzo del Arco de Triunfo, y dentro de su cuarto, alrededor suyo, toda una preñería de cosas del primer Imperio, adecuadas para sostener sus ilusiones. Retratos de mariscales, grabados de batallas, el niño-rey de Roma en traje de corte; además, grandes consolas tiesas, adornadas con trofeos de cobre, cargadas de reliquias imperiales, medallas, bronces, una roca de Santa Elena bajo un fanal; miniaturas representando una misma señora con risos, traje de baile, falda amarilla, mangas de pernil y ojos claros; y todo esto, consolas, rey de Roma, mariscales, damas amarillas con el talle bajo los pechos y cinturón alto, y aquella tiesura apretujada que se tenía por gracia en 1806..... ¡valiente Coronel! esta atmósfera de victorias y conquistas, aún más que cuanto nosotros pudiéramos decirle, era lo suficiente para hacerle creer, con tal simplicidad, el asedio de Berlín.

«A partir de este día, simplificáronse mucho nuestras operaciones militares. El tomar á Berlín no era sino cuestión de paciencia; de vez en cuando, si el viejo se aburría demasiado, se le leía una carta de su hijo; por supuesto, una carta imaginaria, como que ya no entraba nada en París, y desde Sedán, el ayudante de Mac-Mahon había sido llevado á una fortaleza de Alemania. Figúrese U. la desesperación de aquella pobre niña sin nuevas de su padre, sabiendo que estaba prisionero, faltar de todo, quizá enfermo; y obligada á hacerle hablar en cartas alegres, algo cortas, como podía escribirlas un militar en campaña avanzando siempre por país conquistado. Algunas veces faltábanle ánimos, y se pasaban las semanas sin noticias. Pero el viejo se inquietaba y ya no dormía. Entonces llegaba á escape de Alemania una carta, la cual iba ella á leerle gozosa junto á su lecho, conte-



una espesa maraña de blancos cabellos ensortijados, ochenta años que parecían así sesenta..... Junto á él, su nieta de rodillas y bañada en lágrimas. Se le parecía mucho. Al verlos uno junto al otro, hubiérase dicho que eran dos magníficas medallas griegas acuñadas con un mismo troquel; sólo que una de ellas antigua, con una pátina de tierra y algo borrosa de contornos; mientras que la otra, resplandeciente y limpia, con todo el lustre y la suavidad de la estampación nueva.

«El dolor de aquella niña me conmovió. Hija y nieta de soldados, tenía á su padre en el Estado Mayor de Mac-Mahon; y la imagen de ese gran anciano, tendido ante ella, evocaba en su espíritu otra imagen no menos terrible. La tranquilicé lo mejor que pude; pero, en el fondo, tenía yo pocas esperanzas. Tenía que habérmelas contra una tremenda hemiplejía en toda regla, y á los ochenta años no se logra nunca dominarla. En efecto: durante tres días permaneció el enfermo en el mismo estado de inmovilidad y de estupor..... Entre tanto, llegó á París la noticia de Reichshoffen. Ya recuperada U. de qué modo tan extraño. Hasta el oscurecer, todos creímos en una gran victoria: veinte mil prusianos muertos, prisionero el Príncipe real..... Yo no sé por qué milagro, por qué corriente magnética,



niendo las lágrimas. El Coronel escuchaba con religioso silencio, sonreía con aire de comprensión, aprobaba, criticaba, nos explicaba los párrafos un poco confusos. Pero sobre todo, donde estaba magnífico, era en las respuestas que enviaba á su hijo, diciéndole: «Nunca olvides que eres francés..... Sé generoso con esas pobres gentes. No les hagas en extremo abrumadora la invasión.....»—Y una de recomendaciones hasta el cuento de nunca acabar, de adorables homilias acerca del respeto á las propiedades y la galante caballerosidad debida á las damas, un verdadero código del honor militar para uso de los conquistadores. Mezclaba también algunas consideraciones generales sobre la política, y condiciones que para la paz debieran imponerse á los vencidos. En esto, debo confesar que no era exigente:

—«La indemnización de guerra, y nada más...

¿Para qué serviría quitarles provincias?..... ¿Puede hacerse Francia de Alemania?.....

«Dictaba esto con voz firme, y advertíase tanto cándor en sus palabras, tan hermosa fe patriótica, que era imposible no conmoverse al escucharle.

«Durante aquel tiempo continuaba avanzando sin cesar el sitio; ¡ay! pero no el de Berlín..... Era la época de los grandes fríos, del bombardeo, de las epidemias, del hambre. Mas, gracias á nuestros cuidados y esfuerzos, á la infatigable ternura que se multiplicaba en torno suyo, no se perturbó ni un instante la serenidad del anciano. Hasta en los últimos trances pude proporcionarle pan blanco y carne fresca. Por supuesto, que eran para él sólo; y no podéis imaginaros nada más conmovedor que esos almuerzos de abuelo, tan inocentemente egoístas: el viejo, sentado en su cama, fresco y risueño, con la servilleta debajo de la barbilla, y junto á él su nieta, un poco pálida por las privaciones, gñándole las manos, haciéndole beber, ayudándole á comer todas estas buenas cosas prohibidas. Entonces, animado por la refracción y con el bienestar de su tibio cuarto, soplando fuera el cierzo del invierno y arremolinándose la nieve ante sus ventanas, el antiguo coracero se acordaba de sus campañas en el Norte, y nos refería por centésima vez aquella siniestra retirada de Rusia, donde no había otra cosa que comer sino galleta helada y carne de caballo.

—¿Entiendes, pequeña? ¡Comíamos caballo!

«Ya lo creo que entendía: desde dos meses atrás no comía ella otra cosa..... Sin embargo, conforme adelantaba la llegada de la convalecencia, iba siendo más difícil de día en día nuestra misión en torno del enfermo. Aquel letargo de todos sus sentidos y de todos sus miembros, que hasta entonces de tanto nos sirviera, comenzaba á disiparse. Dos ó tres veces ya le habían hecho botar las terribles descargas de la puerta Maillot, aguzando los oídos como un perro de caza; hubo necesidad de inventar una postrera victoria de Bazaine ante Berlín, y salvas disparadas en su honor en los Inválidos. Otro día, que habían corrido su lecho cerca de la ventana (me parece que era el jueves en qué ocurrió la de Buzenval) vió muy bien á los guardias nacionales que se amontonaban por la avenida del Grande Ejército.

—¿Qué clase de tropas son esas?—preguntó el buen señor, y le oímos mascullar entre dientes:—¡Mal aspecto! ¡Mala facha!

«No ocurrió nada más, pero comprendimos que en adelante habría que tomar grandes precauciones. Por desgracia, no se tomaron bastantes.

«Una tarde, al entrar yo, vino á mi encuentro la joven, trastornada del todo, y me dijo:

—«Mañana entran».

«¿Estaba abierta la habitación del abuelo? El hecho es que, pensando luego en ello, me acuerdo de que aquella tarde tenía él algo de extraordinario en la expresión de su fisonomía. Lo probable es que nos oyera. Sólo que nosotros hablábamos de los prusianos; y el buen señor pensaba en los franceses, en aquella entrada triunfal que esperaba tanto tiempo: Mac-Mahon bajando por la avenida entre flores y charangas, su hijo al lado del Mariscal, y él, el abuelo, en su balcón, de gran uniforme como en Lutzen, saludando á las banderas agujereadas y á las águilas negras de pólvora.....

«¡Pobre abuelo Jouve! Habíase imaginado, sin duda, que le querían vedar el asistir á ese desfile de nuestras tropas, para evitarle una emoción excesiva. Por eso guardóse bien de hablar á nadie; pero á la mañana, á la hora misma en que los batallones prusianos se colaban con timidez por la larga vía que conduce desde la puerta Maillot hasta las Tullerías, se abrió con suavidad la ventana de allá arriba y apareció por encima del balcón el Coronel, con su casco y su chafarote, con toda su vieja vestimenta gloriosa de antiguo coracero de Millhaud. Aún me pregunto á mí mismo qué brío de la voluntad, qué empuje de la vida, habíanle puesto de pie y con su armés de guerra. Lo cierto es que allí estaba, derecho tras de la rampa, extrañándose al ver tan desiertas y mudas las anchas avenidas, cerradas las persianas de las casas, París siniestro como un lazareto, por todas partes banderas, pero muy singulares: blancas del todo y con



cruces rojas, y nadie para salir al encuentro de nuestros soldados.

«Por un momento pudo creer que se había engañado.....

«¡Pero no! Allá abajo, detrás del Arco de Triunfo, se notaba un zumbido confuso, una línea oscura que avanzaba con el sol naciente..... Después, poco á poco, brillaron las puntas de los cascos, los pequeños tambores de hiena se pusieron á redoblar, y bajo el Arco de la Estrella, rimada por el pesado paso de las secciones y por el choque de los sables, resonó de pronto la marcha triunfal de Schubert!.....

Entonces, entre el tétrico silencio de la plaza, se oyó un grito, un grito terrible de:

—«¡A las armas!..... ¡A las armas!.....»

«Y los cuatro hulanos de la vanguardia pudieron ver ahí arriba, sobre el balcón, á un gran anciano vacilar agitando los brazos y desplomarse rígido al suelo. Esta vez, el coronel Jouve estaba muerto y bien muerto».

ALFONSO DAUDET.

LOS HOMBROS DE LA MARQUESA

I

La Marquesa duerme en su magnífico lecho, bajo las anchas cortinas de seda amarilla. A las doce, al timbre claro del reloj, se decide á abrir los ojos.

«¡Qué tibia y agradable atmósfera! Los tapices, las coladuras de las puertas y ventanas, convierten la habitación en un nido delicioso. Calor, perfumes por todas partes. Reina allí la eterna primavera.

No bien despierta, la Marquesa parece presa de viva ansiedad. Se incorpora; llama á Julia.

—¿Llama la señora?

—Dime, ¿hiela?

«Oh, excelente Marquesa! ¡Con qué voz tan conmovida ha hecho esta pregunta! Su primer pensamiento ha sido para ese frío terrible, para ese viento norte de que ella está libre, pero que debe soplar cruelmente en los tugurios de los pobres.

Y pregunta si el cielo se ha apiado, si puede gozar del calor sin remordimiento, sin pensar en los que tiran.

—¿Hiela?

La doncella le ofrece el peinador que la Marquesa se pone al levantarse, y que acaba de calentar á un buen fuego.

—¡Oh! Sí, señora; hiela más que nunca. Acaba de encontrarse á un hombre muerto de frío en un ómnibus.

La Marquesa siente una alegría infantil, se resregala las manos, y exclama:

—¡Ah, tanto mejor! Iré á patinar esta tarde.

II

Julia descubre las cortinas poco á poco, no sea que una brusca claridad hiera los delicados ojos de la encantadora Marquesa.

El reflejo azulado de la nieve penetra alegre-

mente en la habitación. El cielo está gris, pero es un gris tan bonito, que recuerda á la Marquesa una túnica de seda, gris perla, que llevaba la víspera en el baile del ministerio. La túnica estaba adornada con blondas blancas, parecidas á los hilos de nieve que ve en los tejados, destacándose sobre la palidez del cielo. Aquella noche había estado deslumbradora con sus nuevos diamantes. Se acostó á las cinco; así es que tenía la cabeza algo pesada. Sin embargo, se sienta delante de un soberbio espejo, y Julia desata la blonda madeja de sus cabellos. La Marquesa se suelta el peinador, y sus hombros quedan al aire hasta la mitad de la espalda.

Una generación entera ha envejecido contemplando los hombros de la Marquesa. Desde que, gracias á un poder vigoroso, las damas de natural alegre pueden escotarse y bailar en las Tullerías, la Marquesa ha paseado sus hombros por entre el bullicio de los salones oficiales con tal asiduidad, que puede considerárselos como el programa viviente de los encantos del segundo imperio.

Ha tenido que seguir la moda, escotando sus túnicas, ya hasta la caída de los riñones, ya hasta el nacimiento de la garganta; de este modo ha ido entregando, línea á línea, todos los tesoros de su busto. No hay parte del tamaño de un piñón en sus hombros que no sea conocida de las piedras de la calle. Los hombros de la Marquesa, siempre al descubierto, son el blasón voluptuoso de la nueva monarquía.

III

Ciertamente, no es preciso describir los hombros de la Marquesa. Son populares como el Puente Nuevo. Han figurado por espacio de diez y ocho años en todos los espectáculos públicos. Basta percibir en un salón, en el teatro ó en cualquier otro lado, la menor parte de ellos, para exclamar: «¡Calle! La Marquesa. Conozco el lunar negro de su hombro izquierdo.»

Por otra parte, son hombros muy hermosos, blancos, redondos, provocativos. Las miradas de todo un orden de cosas han pasado sobre ellos, dándoles más tersura, como esas losas que las pisadas de la multitud pulimentan á la larga.

Si fuese el marido ó el amante de la Marquesa, preferiría besar el botón de cristal del gabinete de un ministro, desgastado por las manos de los pretendientes, á rozar con los labios esos hombros, sobre los cuales se ha deslizado el soplo ardiente de todo el París galante. Cuando se piensa en los mil deseos que han palpitado en torno suyo, se pregunta uno la clase de arcilla con que la naturaleza ha debido fabricarlos, para que no aparezcan roídos y desmornados como los contornos comidos por los vientos de esas estatuas desnudas, expuestas al aire libre en los jardines.

La Marquesa ha puesto su pudor en otra parte. Ha convertido sus hombros en una institución. ¡Y cómo ha combatido por el gobierno! ¡Siempre en la brecha, multiplicándose para estar en todas partes, en las Tullerías, en los ministerios, en las embajadas, en casa de los simples millonarios, arrastrando á los indecisos con hábiles sonrisas, ostentando el trono de sus senos de alabastro, mostrando en los días de peligro pequeños rinconcillos, ocultos y deliciosos, más persuasivos que los argumentos de los oradores, más convincentes que las espadas de los soldados, y amenazando para conquistar un voto con recortar sus almillas, hasta que los jefes más feroces de la oposición se declararan vencidos!

Los hombros de la Marquesa han salido siempre ilesos y triunfantes. Han sostenido un mundo, sin que la menor arruga empafie su blanco mármol.

IV

Aquella tarde, la Marquesa, al salir de las manos de Julia, se va á patinar. Patina adorablemente.

Hace en el Bosque un frío espantoso; la brisa pica la nariz y los labios de las nobles damas, como si el viento les soplas arena fina en el rostro. La Marquesa se ríe. Le entretiene sentir frío. De vez en cuando se calienta los pies en los braseros encendidos que hay en las orillas del lago. Luego vuelve á entrar en la atmósfera helada, deslizándose como una golondrina que arrasa el suelo.

«¡Ah! ¡Magnífica partida! ¡Y qué dichosa es la Marquesa con que el deshielo no haya comenzado! Podrá patinar toda la semana.

Al volver á su casa, la Marquesa ve en los Campos Elíseos á una pobre que tira al pie de un árbol, medio muerta de frío.

—¡Qué desgraciada!—murmura con voz sentida.

Y como el coche va á escape, no pudiendo encontrar su portamonedas, le tira su ramillete, un ramillete de lilas blancas, que vale por lo menos cinco luises.

EMILIO ZOLA.



TRANVIA DE PEDERNALES

ACTUALIDADES

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MÉNDOZA

Al fin sabemos de qué mal morimos. No es poco saber y debemos felicitarnos de haber hecho un descubrimiento tan importante, aunque ello de nada nos sirva, porque, tratándose de morir, ¿qué más da que sea de tabardillo ó de mal de rabia?

He dicho que «sabemos» y rectifico: lo sé yo y lo puede saber cualquiera de los que hasta ahora lo ignoran. Morimos envenenados. ¿Verdad que no lo parece? Pues, sí, señores lectores, ni más ni menos que como los infelices perros á los cuales no alcanza á cubrirlos ni una punta del manto de la Sociedad Protectora de Animales.

Y lo más curioso del caso es que los perros mueren envenenados por la Policía; y nosotros morimos envenenados por los perros, sin perjuicio de los demás focos de infección y de la oleomargarina. ¿Por qué no se establecerá una Sociedad Protectora de los Animales Racionales? Ah! Si ésta hubiera existido, cierto estoy de que se habría opuesto á que echasen los perros muertos en parte que no fuese una hoguera como me imagino que debieron de ser las de la Inquisición.

Conste que me atengo á lo que he leído en uno de los periódicos diarios de esta capital, el cual periódico afirma que á luego de muertos los perros los llevan á cierto cementerio canino improvisado á inmediaciones del Aserradero de Ramella; y debo suponer que el periódico ha dicho la verdad, bien que suposiciones como ésta suelen resultar un poco demasiado aventuradas, y pase el galicismo. Ya yo estoy tentado de no creerle sino á los más afamados embusteros; tal vez digan estos menos mentiras que muchos de los que, según pública opinión, merecen fé.

Me he llevado tanto chasco con la gente veraz, y he comido tanta mantequilla creyendo que la oleomargarina era un producto inofensivo, que, lo que es ahora, nadie me hará tragar entero ni noticias, ni reputaciones, ni mantequilla.

Por eso he repetido la noticia del cementerio canino con la consiguiente salvaded. Y déjo en su buena reputación y fama al muy apreciable colega, el cual, valga la verdad, creo que tiene el tragadero tan estrecho como el mío.

Y vaya si lo tengo estrecho. Como que necesito ver firmas muy abonadas al pie del prospecto de traer una buena Compañía de zarzuela, para creer que por aquí podamos tener algún día artistas de este género que valgan como tales. Y dicho sea de

paso: si ahora no logramos ver en el Teatro Caracas lo que tanto desea el público, no lo veremos en todos nuestros días. Ahí están las cuentas, claritas, para que nadie se *equivique*; y personas muy abonadas respondiendo de que si se manda á España por liebre, tendremos liebre y no gato. Es digno de notarse que nosotros somos los escalados y huímos de los gatos que aguantan hasta agua caliente. Todo al revés naturalmente.

*

No sé por qué tengo metida entre ceja y ceja la cuestión oleomargarina. Ya habrán notado ustedes, al leer el párrafo anterior, que la traigo varias veces á colación; y es que ya reventaba por ponerle al dicho párrafo punto final, luego hacer la estrechita de división, y dedicarle estas líneas al asunto, así, por separado, aunque encajara á maravilla allí donde digo que moríamos envenenados.

Es el caso que, no sé á punto fijo quién, (supongo que el señor Ministro de Hacienda) pidió informes á la Cámara de Comercio sobre si podría permitirse ó no la importación de margarina y oleomargarina; y la Cámara contestó que por supuesto, y que aquellos son *artículos de consumo* completamente inofensivos. Pero he aquí que el ex-Cónsul de Venezuela en Nueva York, Juan J. Michelena, publica los informes del Sub-comisionado de Agricultura del propio Estado y de uno de los mejores químicos de dicha ciudad, Mr. Joseph F. Geisler; de los cuales informes resulta que aquellas substancias son peligrosas en grado sumo para la salud, usadas como alimento, por contener materias *incuestionablemente indigeribles y gérmenes de grasa enferma*.

¿A qué carta nos quedamos? Desde luego se echa de ver que la Cámara de Comercio, no es autoridad científica, y los señores Valkenburgh y Geisler sí lo son, y mucho que lo son, como que el primero tiene carácter oficial, y como que del segundo afirma el primero que es uno de los mejores químicos de Nueva York.

Pero lo bueno es que los señores comerciantes declaran en las facturas consulares la manteca y la mantequilla como oleomargarina, y la venden después como lo primero. Sólo falta ahora que nosotros sigamos comiendo mantequilla á sabiendas de lo que engullimos. No sería extraño.

FIESTAS DEL HOGAR

Todavía bajo la influencia de gratisimas impresiones doy comienzo á la reseña de una de esas fiestas que de vez en cuando tienen efecto en nuestra vida social, siempre á tiempo de recordarnos que no porque los hábitos de retraimiento de nuestras familias y el hecho de hacerse general toda pena individual, así como otras muy sabidas peculiaridades de nuestras costumbres, determinan un estado permanente en nuestra sociedad de difícil comercio de amistad, ésta ha desaparecido como vínculo que uniendo más á otros nuestros hogares, constituye la gran fuerza social, entre nosotros afortunadamente incólume.

Van á unirse irrevocablemente los destinos de dos jóvenes que comienzan la empresa común y nobilísima de la constitución de la familia, y el acto de esa unión reviste tal carácter de complacencia social, tan poco frecuente, que sólo puede ser efecto de múltiples y muy señaladas causas.

En efecto tratáse de la boda del señor Joaquín Núñez Meneses y la señorita María Isabel Valarino, ambos pertenecientes á familias muy respetables de esta ciudad donde cuentan con numerosas relaciones. La señorita Valarino es hija de nuestro muy distinguido amigo el señor Don Agustín Valarino, quien en la expresada sazón pudo ver lo mucho que se le estima y las generales simpatías que ha sabido granjearse en nuestra sociedad la señorita su hija con sus excepcionales y notorias prendas de carácter.

De ello son muestra los doscientos ó más elegantes y variados regalos que pudo ver la concurrencia en la casa del señor Valarino en la noche del 12 de Julio; el centenar de artísticos ramilletes de flores naturales, gran parte de ellos de extraordinarias dimensiones y muy subido costo, que literalmente sellaban el recinto de la fiesta; la esplendidez de ésta, así por la elegancia



PEDERNALES. — Edificio del Aserradero



PEDERNALES. — Edificio de los Alambiques

y riqueza del decorado que realzaba un verdadero derroche de luz, como por el ambigü, selecto, vario y suficiente para el doble de los invitados; y por sobre todo la exquisita amabilidad del anfitrión y los miembros de su familia que con él compartieron allí los nobilísimos deberes de la hospitalidad.

Singular era la animación del concurso que hasta altas horas de la noche permaneció en la casa del señor Valarino, tanto más cuanto que, para no despojar al acto de su seriedad trascendental, redujose el festejo al elegante y rico obsequio con que quiso demostrar aquel caballero su satisfacción al ver en su morada y atraída por causa tan plausible, gran parte de nuestra más distinguida y culta sociedad. A mi memoria acuden en este instante algunos de los nombres de las damas y caballeros invitados: los de los señores General M. Guzmán Alvarez, Vicepresidente de la República; Doctor Pedro E. Rojas, Ministro de Relaciones Exteriores; Fabricio Conde, Ministro de Hacienda; Juan Antonio López de Ceballos, antiguo Ministro de España, General Luis Sagarzazu. De

nuestros hombres de ciencia vimos á los Doctores Adolfo Ernst, Rafael Villavicencio, Agustín Avello, F. Padrón, Juan Cuello, José Gregorio Hernández, Miguel R. Ruiz, F. de P. Alamo, Alberto R. Smith, Félix Quintero, Jorge Nevett, José Herrera Manrique, Tomás Mármol, Razzetti Martínez, A. Couturier, R. Basalo, Gerónimo E. Blanco, Luis Julio Blanco, José Loreto Arismendi, Jerónimo Martínez Sánchez. De nuestros hombres de letras á Alirio Díaz Guerra y P. Manrique. También recordamos á los distinguidos caballeros, Mariano Julio Palacios, M. A. Matos, J. E. Linares, P. A. Díaz, Carlos Galán, Lucas Ramella, Heriberto Lobo, José Herrera, Alejo T. Lozada, Antonio E. Delfino, Jesús María Herrera Irigoyen, Anfiloquio Level, Hermán Olavarria, Miguel Ustáriz, Olegario Meneses Martínez, E. de Sola, José Antonio Olavarria, Alejandro Blanco, Ramón Báez, Alejandro Escobar, General Cáspers, General García Gómez, P. Coll Otero, Ramón U. Martínez, Miguel Castillo Rivas y cien más que por lo crecido del número, se me hace imposible recordar. De la prensa vimos á los señores Directores de *El*

Deber, y de *Las Novedades*; y de nuestros artistas al joven pintor Ruiz y al pianista Redescal Uzcátegui.

Lucían elegantes trajes hermosas damas, tales como las señoras Tovar de Pantin, Aguerrevere de Nevett, Reyes de Sucre, Goiticoa de Meneses, Núñez de Montemayor, Ustáriz de Tovar, Hernández de Palacios, Luisa de Sota, Zuloaga de Machado, Ustáriz de Escobar, Ceballos de Eraso, Eraso de Castillo Rivas, Vegas de Ramella, Mendoza de Herrera, Mendoza de Martínez, Sota de Hellmund, Núñez de Coll Otero, Prim de García, Díaz de Francia, Clemente de Larrazábal, Clemente de Hernández, Travieso de Clemente, Yépez de Linares, Ustáriz de Hernández, Ustáriz de Tovar, Manrique de Herrera, Martínez de Martínez y muchas más que muy presentes tenía, y cuyos nombres se me escapan al acto de escribir.

De las agraciadas señoritas cuyos encantos y rebosante animación tanto realizaban la fiesta, recuerdo á las hermanas Palacios Hernández, las señoritas Ustáriz Montilla, Ustáriz Lecuna, Sota, Eraso, Machado, Tovar, Herrera Manrique, Herrera Mendoza, García Prim, Martínez Mendoza, López de Ceballos, Urdaneta, Villavicencio, Díaz Lecuna, Meneses, Yanes, Vaamonde, Hernández, Rodríguez España, Olavarria, Núñez Meneses, Coll Núñez, Cáspers, Blanco, etc., etc.

El señor Valarino tuvo el delicado pensamiento de evocar en aquel día y por manera oportunísima el recuerdo de su inolvidable esposa, ofreciendo á la novia joyas que á aquella pertenecieron, como regalo de boda de la madre que á no dudarlo, bendecía desde el cielo la unión de aquellos dos felices corazones.

La novia recibió, como ya he dicho, numerosísimos presentes de joyas, objetos de fantasía, cuadros, bordados, lujosos juegos de plata y finalmente cuantas flores pudieron ofrecer todos los jardines de Caracas.

Bien quisiera mencionar y describir todos y cada uno de los objetos presentados á la señorita Valarino; pero como de pocos conservo preciso recuerdo, no á todos ellos puedo contraerme; circunstancia esta que me priva del placer de describir los presentes de las amigas de la joven desposada, todos reveladores del afecto que ésta supo sembrar en el corazón de sus compañeras.

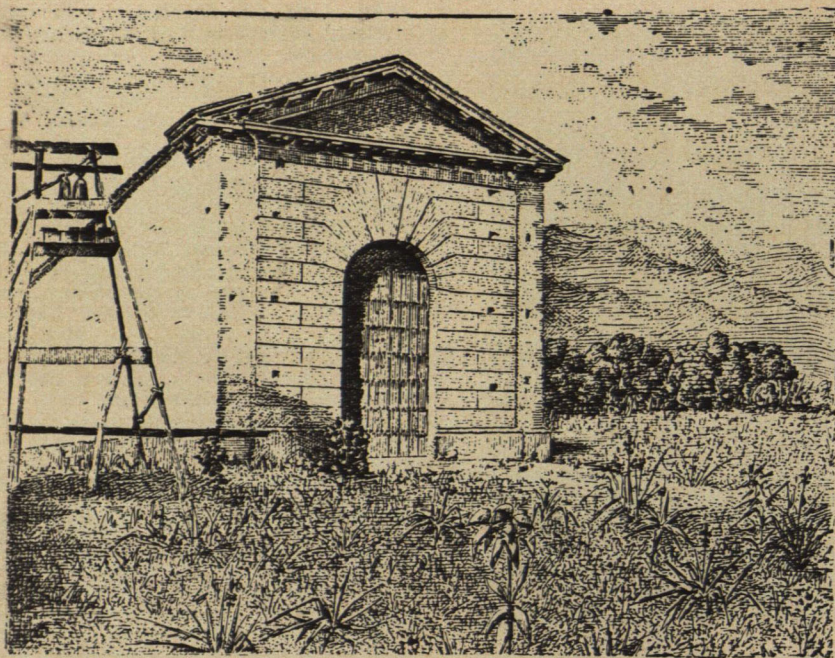
Presentóle el señor M. A. Chirinos un rico prendedor de brillantes; el señor Luis Theodor Ravelo y su señora, un aderezo de exquisito gusto, de perlas y brillantes; el señor Lucas Ramella, un elegante brazaletes de brillantes; el señor Antonio Márquez, un puño de sombrilla de gran valor, de nácar y oro con preciosas incrustaciones; el señor Hernández Ustáriz (Francisco) y su señora, un alfiler de brillantes; el señor Doctor A. Smith un lindo rosario de perlas y corales; el señor Manuel Revenga una lujosa sombrilla que ostentaba en el puño de oro el monograma de la desposada en piedras preciosas; el señor H. Valarino, hermano de la novia, un elegante servicio de plata.

Llamó mi atención un lujoso servicio completo de mesa y otros variados objetos de gusto, todos de estilo Luis XV. Los diferentes cofres de este servicio llevaban las tarjetas de las señoras de Thiercelin, de Theodor Ravelo, de Basalo, de Alvarado, de la señorita Theodor, y de los señores J. E. Linares, J. M. Herrera Irigoyen, Cipriano Alvarado y Calafat, hijo. No pudimos menos de admirar la feliz coincidencia de ideas en tantas personas para presentar á un tiempo tan variados objetos de un mismo estilo que en junto vienen á formar el precioso servicio.

En otras joyas de gran valor vimos los nombres de los señores Víctor Waldmeir y su señora, Pedro Antonio Díaz y su señora, Olegario Meneses Martínez y su señora, señoras Isabel de Calafat, Trinidad Martínez, y Guadalupe de Eraso; señorita Calafat y familias de Mendoza y de Martínez, Hernández Ustáriz, Ustáriz Lecuna, Ustáriz de Borges y Palacios Hernández; señores J. M. de las Casas, Mariano Julio Palacios y Francisco Hernández Escalona.

Termino esta reseña escrita á vuelo pluma, deseando completa dicha á los recién casados y que lluevan sin cesar las bendiciones del cielo sobre este nuevo hogar.

EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA



LA CAPILLA DE LOS DOS CAMINOS

CAMPO DE NARDOS

Yo flor del campo y lirio
de los valles.

SALOMÓN.

(Cantar de los Cantares.)

Cerca de la montaña del Avila y á orillas del Caurimare prospera un huerto de nardos que tiene como veinte mil varas cuadradas, destinadas únicamente al cultivo de la bella flor que con tanta frecuencia figura en los actos más solemnes de la vida caraqueña. El viadante que transita la carretera situada al norte de la Villa de Petare, se siente agradablemente impresionado, cuando al anochecer sopla el viento del Este ó del Oeste impregnado del aroma de los nardos. Sabido es que las flores blancas tienen la propiedad de ser más olorosas durante la noche. (*)

En la mañana en que visitamos el campo, sólo la mitad estaba cultivado. Como dos mil tallos floridos se levantaban erguidos y llenaban el aire de aroma delicado, semejando copos de nieve que sobre varas flexibles se columpiaban á los caprichos del viento.

El campo cosecha mensualmente de cinco á seis mil macetas floridas, las cuales van desapareciendo por centenares, según sean los pedidos de la capital. Cada vara representa un valor del cual participan el dueño de la tierra, el jardinero, los conductores, las familias de Caracas que se dedican á la industria floral y aun la modesta casa comisionista, á cuyo cuidado está conservar cierto número de macetas durante cinco ó más días para atender á las necesidades del momento. El campo de nardos da, por tanto, sustento á muchos seres. Si por una casualidad todas las varas fueran tronchadas á un tiempo, quedaría

la tierra sin flores; pero á poco surgirían los retoños y con estos las nuevas macetas, sonrientes á los besos de la luz.

En la compra de estas flores hay siempre un descuento, una prima, una *ñapa*, como dirían los antiguos peruanos, la cual consiste en obtener diez ó más varas por cada ciento. Pero cuando se necesitan todas las flores, por exigirlo la demanda, entonces se suspende la prima, y entran en la centena las varas jóvenes y las viejas, las caídas y marchitas. Las familias de Caracas, dedicadas á la industria de hacer guirnaldas, ramilletes, coronas y otros objetos de flores, llaman á los días en que el campo queda despejado, *días clásicos*.

¿Qué quiere decir *días clásicos*? Aquellos en que celebran los buenos esposos su matrimonio de plata ó de oro, ó ataviado va al altar del himeneo uno de esos ángeles de la tierra, obsequiados siempre por numerosos admiradores. Un día clásico es aquel en que se saluda al nuevo año con un festín, ó se conmemora un suceso notable, ó canta la nación sus glorias, ó el culto religioso celebra en el templo al Dios de las misericordias. Un día clásico es aquel en que el amor conyugal, lleno de justo orgullo, conduce á la pila bautismal la inocencia dormida, ó aquel en que son llevados á la última morada los despojos de un ser amado, ya en su eterno sueño de ventura; porque el nardo celebra el nacimiento de la criatura y la religión y la juventud coronada de rosas y jazmines y el amor triunfante y la dicha en sus aspiraciones ideales; y celebra igualmente las vanidades humanas y la gloria, para acompañar después los despojos de la carne, en su corta peregrinación de la sombra á la luz. Ramilletes, guirnaldas, coronas, cruces, donde quiera que esté el nardo, alegrías ó tristezas recuerda la flor que simboliza la vida y la muerte; porque ella es lazo de unión entre la cuna y la tumba. Los días clásicos representan eslabones de la cadena de la vida. El bautismo, las fiestas del hogar, el festín, el matrimonio, la gloria, el culto y el triunfo con sus alegrías, están de un lado; del otro, la muerte, que

es el advenimiento de la verdad, la tumba que es el olvido del mundo.

Cuando visitamos el campo de nardos, íbamos acompañados. Nuestro conductor es uno de esos espíritus rectos que trabajan por el triunfo de la verdad con la inteligencia y con el corazón. Adonde quiera que se dirijan los acompaña la mirada de Dios, porque ellos siembran caridad para cosechar progreso. Tales hombres no tienen hijos, porque la orfandad les pertenece. Afortunadamente encuentran por compañera la mujer fuerte, la esposa modelo, donde se reflejan las nobles aspiraciones del alma, y repercute el eco de todas las buenas acciones. El hombre justo, que es el que más se acerca á Dios, lleva consigo dos preseas que se complementan: la conciencia que aprueba, la noble esposa que aplaude. (2)

Cuando nos vimos en este campo tan bello, nuestras miradas recorrieron la pradera y los horizontes y se posaron acá y allá, y por doquiera encontraron amor y elocuencia. El libro de la naturaleza está siempre abierto y siempre con nuevas páginas que cautivan el espíritu y confortan el alma del creyente. Si la belleza de la flor nos cautivaba, su aroma despertaba en nosotros tristes y gratísimos recuerdos. Bajo tales impresiones, llegó un momento en que impelidos por fuerza interior, nos llevamos las manos al rostro y ocultamos en ellas nuestros ojos: el corazón al evocar sus recuerdos tiene necesidad de la sombra. Por nuestra mente pasaron entonces uno tras otros, cincuenta años de la existencia. Niñez, infancia, juventud, adolescencia; el recuerdo de las primeras lágrimas y de las primeras ilusiones: todo, todo, fué surgiendo á la memoria. Recorrimos el camino que habíamos andado y contemplamos el derrumbe constante de la naturaleza y de la sociedad, cuna y tumba de todo progreso. ¡Cuántas almas ausentes, y cuántas ruinas sobre las cuales reposan guirnaldas y cruces de nardos, marchitados por el sol y ennegrecidos por el tiempo!..... y sobre todas ellas la cruz, como lábaro de todas las esperanzas y refugio de todos los dolores.

Cuando volvimos de nuestro éxtasis sentimos que nuestro espíritu se había rejuvenecido, y nos pareció que todas y cada una de las macetas de flores nos invitaban á permanecer entre ellas. Acercámonos á la más bella, aspiramos su fragancia y creímos oír una voz querida que nos hablaba: era como la voz de nuestra anciana madre que desde la tierra que la cubre, nos repetía aquella frase que se aplica á Jesús, y que nos había enseñado en la niñez: *Yo flor del campo y lirio de los valles*. Es decir, la conciencia recta, el corazón virtuoso, el alma del creyente se asemejan á la blanca flor de los valles que derrama fragancias y funde en su seno los colores de la luz, para revestirse con las sonrisas del niño y la túnica de los ángeles.

Estas líneas escritas en un instante de meditación, las habíamos relegado al olvido. En los escritores como en los artistas, como en los demás obreros del pensamiento, el abandono es siempre el síntoma más característico, de lo que nosotros llamamos, *dispepsia del espíritu*. Una de las familias más distinguidas de Caracas, cuya amistad estimulaba en nosotros culto á la virtud, nos ha exigido en varias ocasiones la publicación de estas líneas. Complacerla es un deber, sean sus aplausos nuestra recompensa.

Concluamos:

(2) Nos referimos al distinguido venezolano, nuestro amigo el doctor Fernando Bolet.

(*) *Tuberosa* es el nombre de la flor llamada nardo en Venezuela. El nardo persa que figura en la Biblia, muy parecido á la *tuberosa*, pertenece á la familia de las valerianáceas, mientras que la *tuberosa* corresponde á la de los narcisos. *Tuberosa* quiere decir que tiene raíz de bulbo. Los botánicos llaman á la *tuberosa* *Polyanthes tuberosa*, que quiere decir muchas flores reunidas en un tallo que se nace de un bulbo ó tubérculo.

Hace días, fué el 24 de agosto, cuando una fiesta religiosa y al mismo tiempo campestre, celebrada á orillas del *Tócome*, cerca de Petare, nos detuvo de una manera agradable. Fué uno de esos actos bellísimos, imponentes, únicos en su género, porque dejan en el ánimo impresiones que nunca se desvanecen.

Habíase colocado la primera piedra de la capilla con la cual los moradores de aquel vecindario querían rendir culto á la Virgen del Carmelo, y una concurrencia tan numerosa como lucida llenaba las avenidas del pintoresco valle. Por la primera vez el *Campo de nardos* había quedado yermo, pues todas las flores habían sido dedicadas á la construcción de la capilla donde se celebraba el sacrificio de la misa.

¡Que sublime escena! En el fondo descollaba el Avila coronado de luz y en derredor se dilatava la pradera esmaltada de flores. En el sitio destinado al sacrificio, levantábase una bóveda de verdura con sus paredes y techo materialmente contruidos de nardos. Nunca aquel valle había desplegado tantas galas para acompañar á los celebrantes del divino sacrificio; nunca el ave campesina había unido sus gorgoros á las melodías de la música; nunca los ruidos de las selvas y la voz del hombre habían enmudecido, como entonces para dejar elevarse hacia los cielos la plegaria del corazón ferviente, á la luz del día.

Después de haber escuchado aquella música mística, aquel coro de voces sobre el cual resaltaba la voz argentina y dulcísima de Isabel; (1) acercámonos á la puerta del templo campestre. Nuestras miradas vagaban de grupo en grupo, cuando se detuvieron en el fondo de la florida nave: allí entre cirios y entre columnas de palmas, entre festones de rosas y macetas de nardos, descollaba la imágen del Crucificado. Al contemplar aquella sublime síntesis del amor y del dolor, volvimos á escuchar la voz querida que nos repetía la frase aplicada á Jesús: *Yo flor del campo y lirio de los valles*.

Jamás tan elocuente frase había sido tan fielmente interpretada como en este día, en que la muerte simbolizaba la vida eterna, el dolor, el advenimiento del amor. Jesucristo espirante en medio de un bosque de lirios, se asemeja á la luz que después de una noche de amargura, asoma entre nubes, y asciende y corona los cielos con diadema de rayos.

Había llegado para el *Campo de nardos* su gran día, el más clásico de sus días, aquel en que, al celebrarse la primera misa á orillas del *Tócome*, la imágen del *Hombre-Dios* surgiera, de un bosque de flores, entre las plegarias del corazón creyente y los espléndidos atavíos de la naturaleza americana.

ARÍSTIDES ROJAS.

EL MILLON DEL TIO RACLOT

POR

EMILIO RICHEBOURG,

Continuación

Hallábase éste más meditabundo y sombrío que de costumbre. Reprendióle su tía dulcemente lo que ella llamaba falta de energía y voluntad, diciéndole:

—Veamos, querido sobrino, cueste lo que cueste, hay que ser razonable.

Después del almuerzo, y cuando estaban tomando el café, Jorge que no podía alejar de su pensamiento á Marta, dijo de repente dirigiéndose á su hermana:

(1) La señorita Isabel Arámburu.



NAVEGACION DEL ORINOCO

—Matilde, tengo que darte una noticia que te ha de sorprender, como me sorprendió á mí también.

—¿Qué noticia es esa?

—Que Marta Raclot no está en Aubécourt.

—¿Ah! exclamó la joven.

—Se ha separado de su padre, marchándose sin que nadie sepa adónde.

—¿Y sabes desde cuándo está fuera de su casa?

—Si no estoy mal informado, partió el mismo día ó al siguiente de mi última visita.

Matilde permaneció silenciosa un instante.

—¿Y dices que nadie sabe dónde está?

—Sí, nadie.

—Pues no es difícil de adivinarlo.

—Lo adivinas tú?

—Sí, porque, desde el momento que Marta se ha separado de su padre, no ha podido ir más que á un solo lugar.

—¿Adónde?

—Al colegio en que se ha educado.

—El joven se sonrió.

—En efecto, es posible, dijo con frialdad.

—Jorge, soy del propio parecer que tu herma-

na, dijo el General, pues todo indica que Marta se alejó de su padre por las mismas razones que motivaron su rara conducta para contigo.

Como el lector supondrá, guardóse bien Jorge de hacer la más vaga alusión al rumor que corría por Aubécourt.

—Sí, continuó el señor de Santenay pensativo: Marta ha tenido razones para obrar como lo ha hecho; pero ¿cuáles son éstas?

—Algún día lo sabremos, papá, dijo Matilde.

—Sí, añadió su tía; y yo me encargo de recoger informes serios sobre este punto.

—¿Usted, tía?

—Sí, yo. Hace poco tiempo que en casa de unos amigos conocí á los señores de Monnier, que han casado á su hija única, pronto hará un año, con el Sr. Rousselet, precisamente el Notario de Aubécourt. Ahora bien; estoy invitada por esos señores á una fiesta de familia, dada con motivo del vigésimoquinto aniversario de su matrimonio, á lo cual llaman *bodas de plata*. En esta reunión veré al Sr. Rousselet, que es con quien cuento para obtener mis informes. Cuando se quiere saber algo de cualquiera persona, lo me

jor es dirigirse al Notario de la localidad. ¿Qué te parece, hermano?

—Perfectamente, respondió el General.

—Yo, papá, dijo Matilde, te acompañaré esta semana á la ciudad, y sabré si Maria está en el colegio, según creo.

XI

La semana próxima llegó, y el señor de Santenay fué á la ciudad, llevando á su hija, según se lo tenía prometido; mientras que el General se ocupaba en sus negocios, Matilde visitó á las religiosas Dominicas. Como de costumbre, fué recibida por sor Luisa en el locutorio, adonde otras varias hermanas vinieron, unas tras otras, con objeto de abrazarla.

Solicitó Matilde ver á la Superiora, y la contestaron que estaba enferma y no podía recibir; pero que no dejarían de decirle que la señorita de Santenay había estado.

La joven, sin dejar ver su contrariedad, mostró deseos de hablar un momento á sor Angela, cuya amistad con Marta le era conocida.

Llamada sor Angela, no tardó en presentarse manifestando gran contento por ver á la señorita de Santenay.

—Querida Matilde, le dijo, me han dicho que quería usted hablarme; véngase, pues, al jardín; hoy es jueves, y nuestras alumnas están en el recreo, acompañadas de todas las hermanas.

Matilde siguió á sor Angela, y, atravesando por medio de los numerosos gaupos de educandas, buscaba á Marta con la mirada; pero en vano, porque la joven novicia; advertida de la visita de su amiga, se había apresurado á ocultarse en su habitación.

—Hermana mía, dijo Matilde, no debí ocultárselo á usted; creí ver aquí á Marta.

—¡Marta Raclot! exclamó la religiosa, fingiendo asombro. ¿Le ha dado á usted cita en la Comunidad?

—No.

—Entonces, no comprendo...

—Es que yo creía que Marta estaba aquí desde hace dos meses.

—¿Y por qué creía usted eso, Matilde?

—Porque no está en casa de su padre...

—¿Cómo! dijo la religiosa, que obedecía evidentemente una orden. ¿No está Marta en casa de su padre?

—Desde hace unos dos meses; y yo no creía que pudiese dejar de estar en esta casa, donde usted, la madre Superiora y todas las hermanas, le profesan cariñosísima amistad.

—Es verdad, Matilde, todas le profesamos á Marta entrañable afecto, y nuestra casa estará siempre abierta para ella. Mas usted no ignora que Marta obtuvo el título de institutriz, y puede usted creer que, si se ha separado de su padre, habrá sido para colocarse en un colegio de señoritas.

Después de esta repuesta, Matilde no tenía ya que preguntar, y se retiró convencida de que Marta no estaba en la Comunidad.

El sábado siguiente verificábase la fiesta de familia en casa de los señores de Monnier, á la cual asistió la señorita. Hombre de mundo, ocurente, amable y de una educación esmerada, el joven Notario hizo fácilmente la conquista de su vecina.

La señorita Lormeau, que se entusiasmaba pronto, declaró que el Sr. Rousselet era encantador, y que no quería tener á nadie más que á él por Notario.



DOÑA FLORA SANZ DE SENDRA

Primera Tiple de la Compañía de Zarzuela

—¡Bravo! exclamó el Sr. Monnier, riéndose. Una buena cliente para mi yerno.

Después de la comida hubo una especie de baile de confianza, con intermedios de música y canto, modo agradabilísimo de dar reposo á las piernas.

En la mesa, la señorita Lormeau no dejó de hablar de Jorge de Santenay, ingeniero de caminos, diciendo, con cierto orgullo, que este joven, de tan brillante porvenir, era sobrino suyo.

A buen seguro que la señorita Lormeau quería oír lo que dijera el Notario. Era, pues, un lazo que le tendía. Pero como en la mesa había varias, personas que podrían oír las conversaciones, el Notario, hombre prudente, guardó silencio.

Más tarde, mientras que una sonrosada muchacha, llena de pretensiones, tocaba, bien que mal, al piano un trozo de *La Hija del Regimiento*, y su madre escuchaba pasmada de admiración, el

Sr. Rousselet fué á sentarse al lado de la señorita Lormeau.

—¿Conque es usted, le dijo, tía de don Jorge de Santenay?

—¿Conoce usted á mi sobrino?

—Sí, por lo que he oído hablar de él, y además, por haberlo visto una vez en Aubécourt.

—Estaba muy enamorado de la señorita Raclot, y la ruptura que ya usted sabe le ha causado tan honda pena, que difícilmente lograremos

consolarlo. Con este motivo, me haría usted un gran favor diciéndome por qué la señorita de Raclot ha declarado á su padre y á mi sobrino, de manera tan inesperada, que no quiere casarse.

—¿Cómo! replicó el Notario con sorpresa. ¿Es Marta quien no ha querido casarse con su sobrino de usted?

—Sí, señor.

—Pues todo el mundo cree en Aubécourt que, por el contrario, es D. Jorge quien no ha querido que se efectuase el matrimonio.

—¡Ah! ¿Creen eso las gentes? Se equivocan, caballero. La verdad es la verdad. Jorge ha sufrido una afrenta, pero que no toca á nuestro honor, gracias á Dios, y por la cual no tenemos que ruborizarnos.

—Verdaderamente, D. Jorge de Santenay sólo puede ganar en estima y consideración, habiendo dejado de casarse con la señorita Marta de Raclot.

—Ya se que su padre es un rico propietario de Aubécourt.

—¿Y nada más?

—Como nunca he ido á Aubécourt, no he visto al Sr. Raclot, ni lo conozco de cosa alguna.

—¿Entonces, ignora usted que hace veinte años, poco más, era mozo de labranza en un cortijo?

—¿Lo ignoraba, en efecto, caballero. ¿De modo que su fortuna proviene de una herencia?

—¿Conoce usted la cifra á que asciende la fortuna del Sr. Raclot? preguntó el Notario, desentendiéndose de la pregunta que le dirigía la tía de Jorge.

—No por cierto, caballero, y le confieso á usted que, ni mi sobrino, ni el general de Santenay ni yo, nos hemos preocupado de semejante cosa.

—¿Qué dote daba el Sr.

Raclot á su hija?

Continuará.

Han muerto: en París el honorable comerciante de Barcelona señor Santos Domínguez; y en Caracas la apreciable señorita Virginia Lange Michelena. Enviamos nuestro sentido pésame á nuestros respetables amigos los señores Doctores Aníbal Domínguez y Elías Michelena.

En los albores de la vida han dejado de existir los jóvenes Gustavo Vollmer, hijo, y Luis Gosewisch, el primero en Suiza y en Valencia el segundo; y también ha muerto en Caracas el apreciable caballero José Talavera, hijo. Enviamos nuestro sentido pésame á las familias Vollmer, Rojas, Boulton, Gosewisch, Castillo Coronel y Talavera.

También enviamos nuestra expresión de condolencia al caballero Dr. Carlos F. Grisanti, por el fallecimiento de su respetable padre, acaecido en Río Caribe.

DEL DICHO AL HECHO

Hay Gran Trecho.

No porque alguien diga que su preparado es "tan bueno como" ó "más barato que" la Emulsión de Scott, debe el paciente dar oído á sus argumentos y jugar con su salud. La Emulsión de Scott es la preparación original; única recomendada por los principales facultativos y Academias de Medicina. Es el resultado de larga experiencia y estudio. El nombre **SCOTT** es garantía de la pureza de ingredientes y de la perfección del conjunto. Exíjase la **Emulsión de Scott** y recházese todo frasco que no sea de la de **Scott** con la etiqueta representando al hombre con el bacalao á cuestas. Todo frasco que carezca de esa etiqueta es falsificado ó imitado. La

Emulsion de Scott

Es el remedio más adecuado para curar la Tísis, Escrófula, Anemia, Extenuación, Clorosis, Raquitismo, y todas las enfermedades en que haya Debilidad y pérdida de Carnes y Fuerzas. Esta medicina cura alimentando, reconstruyendo el sistema, devolviendo las fuerzas perdidas—*creando carnes!* Para los débiles la Emulsión de Scott es una Providencia. Tan segura como permanente, es siempre digna de confianza. El procedimiento de emulsionar el aceite con las hipofosfitos de un modo efectivo, es nuestro arte. Para preparar una Emulsión perfecta se necesita algo más que mezclar los ingredientes al acaso. Se necesita estudio, práctica y cautela, tres requisitos empleados siempre en la preparación de la Emulsión de Scott. Procúrese en todas las Farmacias y Droguerías.

SCOTT y BOWNE, Químicos, Nueva York.

NUESTROS GRABADOS

Casimir Perier

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA

En la América latina sería el nuevo Presidente de Francia un hombre en decadencia, lindando ya con la vejez. Pero en esos climas templados de Europa la gente es más dura, y á los 47 años todavía se enciuestra el hombre en toda la lozanía intelectual y física, capaz de empezar y dar remate á cualquier obra complicada y trascendente.

Casimir Perier, como Carnot, es heredero de un nombre ilustrado por su abuelo, que se distinguió siendo Ministro de Luis Felipe. Su padre también se mezcló con lucimiento en la política de Francia, de manera que el actual Magistrado resume en sí la gloria de dos generaciones, y soporta y lleva desembarazadamente esa carga acrecentándola con nuevos laureles merecidos por su habilidad y su valor.

Enlutado encontró el solio presidencial, erizado de peligros el camino, el ámbito resonando sin cesar amenazas, temibles porque suelen cumplirlas los que las profieren. Pero, con ese valor sereno de que han hecho gala casi todos los hombres civiles franceses, desafió las asechanzas, afrontó las responsabilidades y alardeó de no haber necesidad de escolta ni militares demostraciones en el momento en que todos temían por su vida, pues estaba presente la prueba de la eficacia del puñal de sus enemigos.

Archi-millonario, rodeado en la sociedad de todos los prestigios de la riqueza y de la estimación, no puede haberle guiado sino el patriotismo y la sana ambición de gloria al aceptar la Presidencia en tan críticas circunstancias; y la Francia puede esperar de él grandes cosas, porque tiene talento, polen intelectual que fecunda los buenos deseos, siempre estériles cuando los abriga la ignorancia.

M. de Challeml-Lacour

El señor de Challeml-Lacour es literato é historiógrafo notable, miembro de la Academia Francesa y Presidente de la Cámara del Senado. Inmediatamente después del asesinato de M. Sadi Carnot, tomó las riendas del Gobierno como Presidente interino de la República y procuró, en emergencia tan crítica para la Francia, evitar todas las perturbaciones y unificar todas las opiniones. Con incansable actividad convocó,

reunió y presidió el Congreso de Versalles que eligió á M. Casimir Perier Presidente de la República Francesa tres días después de la muerte de M. Carnot. M. de Challeml-Lacour era gran amigo de éste. Hace dos meses los amigos políticos lanzaron su candidatura para la Presidencia de la República, pero él manifestó que no entraría en la liza eleccionaria si M. Carnot era candidato. Luego que M. Carnot hubo manifestado que no quería ser candidato, dió M. Challeml-Lacour el consentimiento á sus partidarios para que trabajasen por llevarlo al poder ejecutivo. Ultimamente, al reunirse el Congreso de Versalles, retiró de nuevo su candidatura con el objeto de que M. Perier obtuviera la mayoría absoluta de votos.

El 19 del corriente pronunció en el Panteón Nacional un brillante y sentido discurso en el acto de dar sepultura á los restos del íntegro Carnot.

M. de Challeml-Lacour es uno de los políticos más notables de Francia y uno de los oradores más aplaudidos en las Cámaras.

La Capilla de Los Dos Caminos

Al reproducir la fotografía de la pequeña *Ermita del Carmen*, erigida para ser venerada en ella la Virgen del Carmelo, á las orillas del cristalino *Tócome* no podemos prescindir de traer á conocimiento de nuestros lectores, el bellísimo artículo de nuestro siempre y nunca bien sentido eximio literato Aristides Rojas, escrito cuando aquella fué levantada.

¡Cómo se transparentan en esas hermosas líneas, su rica y fecunda imaginación, enamorada de todo lo bello, de todo lo sublime, su corazón ternísimo al evocar los días de su infancia poblados de mil recuerdos, ya dulces y consoladores ya acervos y tristes!

En ellas se refleja el alma de este infatigable obrero del pensamiento; y como en todas sus obras, se admira el sentimiento religioso, puro, como las virtudes que le adornaron, y cuya fé, que le servía de escudo y sostén en las vicisitudes de la vida, supo conservar inalterable: él murió con los ojos fijos en Dios!

Reposo

ANTES DEL BAÑO

¿Qué pensará? ¿Quién habrá tenido la dicha de sujetar esa imaginación voluble, de llenar ese corazón que nace para el amor? Porque no hay duda de que esa niña ama. Lo dicen sus ojos soñadores, lo dice su abstracción de lo que la rodea, mien-

tras la mente vuela hacia al hombre adorado y junto con él hace el ilusorio viaje á través del porvenir.

Reposa antes del baño; ha abandonado allí su hermoso cuerpo de estatua griega; pero su espíritu, sabe Dios dónde estará. Viaja la imaginación muchísimo, pero mucho más aún la de una mujer bella y amada, á la hora en que se cree libre de miradas indiscretas y profanas.

Una página del Album de la señora Eloisa de Silva Gandolphi

(DIBUJO DE ROMEU)

Es un verdadero idilio catalán, página de amor campestre, con toda su espontaneidad que el artista no se ha atrevido á profanar. Bajo la parra, en plena naturaleza, el jarrón de vino á un lado, que enciende más la audacia de la pasión que rompe sus tímideces, el jayán rural declara su amor á la joven que le escucha atentamente, entre deseosa y azorada. Tal vez enumera él, á guisa de eficaz recomendación, los prados, las vacas, los sembríos que componen su modesta fortuna.

Están en camino de la vicaría, desenlace obligado de estas entrevistas de los que se aman.

Es momento peligroso aquél en que se pueden hablar á solas los que se quieren. Puede decirse que en tanto se cruzan los piporos, por detrás de ellos se hacen guíños el cura y el jefe civil.

Los Colorados

VAISE POR ARTURO N. IBARRA

Aun en los tiempos en que los estudios musicales tenían que ser muy rudimentarios en Caracas, distinguieronse varios profesores que dejaron obras impecederas por su original belleza. Siempre se ha señalado esta ciudad por su gusto depurado por las bellas artes, y aun en aquellos tiempos de tenebrosa ignorancia tuvo pintores que rayaron casi á la altura de sus músicos. Después todo ha ido refinándose con la ilustración, con el elemento intelectual cuya entrada al país no sufre trabas, y hay músicos, escultores, pintores y poetas cuya nombradía se celebra y se premia aun fuera de la patria.

La música sobre todo es arte que la mayoría estudia. Casi no hay hoy donde el hijo, ó la hija no hayan adquirido conocimientos más ó menos vastos del delicioso arte, y de ahí que con tanta facilidad se formen compositores no por modestos menos meritorios, muchos de los cuales han contribuido con sus inspiradas producciones á la colección publicada en esta Revista. Arturo N. Ibarra, que es de los jóvenes más aventajados en la composición llena la página musical de hoy con su celebrado valse.

El sitio de Berlin

Las ilustraciones de Romeu, llenas de vida, economizan al lector la obra de la imaginación. Lo que ésta había de hacer evocando las imágenes creadas por el literato lo realiza él de manera más tangible con los primeros de su lápiz, acompañando á la narración gráfica otra que casi podría llamarse objetiva, según tiene de relación con la verdad. *El sitio de Berlin* viene á confirmar esta aserción.

Minas de Pedernales

En Caracas no pueden ya darse cuenta exacta del valor de una mina de petróleo, porque con el gas y la electricidad se va perdiendo la costumbre de apreciar los demás combustibles y los aceites de alumbrado. Pero si se considera que solo unas pocas ciudades de la República tienen iluminación moderna y que todo el resto del país no puede disponer de otra mejor que la del aceite mineral, se comprenderá toda la importancia que adquirirá en breve la explotación de esas fuentes, llamadas á competir en calidad y precios, siquiera en el país, donde tendrán protección arancelaria, con los aceites más baratos de Rusia y de los Estados Unidos.

Ya no está lejano ese día. Donde todo era hace poco agreste monte, el progreso ha hecho su dominadora invasión y mientras las fieras y los ofidios se alejan espantados, los rieles se extienden, avanzan los cargados vagones del tranvía, y se desarrollan los talleres de envases y los de destilación, que depuran el aceite y reducen su inflamabilidad, para ofrecerlo al consumo.

Navegación del Orinoco

Un viaje por nuestro gran río era hasta no muchos años atrás cosa de pensarse y remirarse mucho. Las curiaras eran los más comunes medios de trasporte fluvial, y era mucha fortuna encontrar un bongo, una flechera, que para los navegantes de entonces era nave de gran porte. Hoy la navegación es cómoda y relativamente segura hasta los grandes afluentes, en ligeros buques de vapor, ó en veleros del estilo de *La Mosca*, cuyo grabado publicamos. En ellos el viaje; si más lento, es más poético, porque se admiran con más

VIOLET FRÈRES

THUIR (Pyrénées-Orientales) FRANCIA



Casa única para el **BYRRH** Con Vino de Málaga

El **BYRRH** es una bebida cuyas virtudes tónicas no se necesita indicar.

Hecio con vinos añejos de España especialmente generosos, puesto al contacto de sustancias amargas inteligentemente escogidas, contiene todos los principios de estas sin tener sobre el estómago la acción nociva del alcohol que hace la base de la mayor parte de las especialidades ofrecidas al público.

Es a la vez gustoso y absolutamente irreproachable al punto de vista higiénico.

El **BYRRH** puede tomarse a todas horas: la dosis de un pequeño vaso de Burdeos como tónico; mezclado con agua en vaso grande, como bebida de refresco.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS 1889

MEDALLA de ORO (la mas grande recompensa concedida)
En CARACAS: G. STURUP Y Cia, Suor y en las buenas Casas.

Inyeccion Cadet

LA MAS CONOCIDA

todo el Mundo

PARA CURAR

EN TRES DIAS

sin otro alguno medicamento y sin temor de accidentes.

PARIS — 7, Boulevard Denain, 7 — PARIS

DEPOSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
PARIS

ULTIMAS CREACIONES
Productos

al **DATURA**
INDIEN



Esencia DATURA INDIEN
Polvo de Arroz. DATURA INDIEN
Jabon DATURA INDIEN
Agua de Tocador DATURA INDIEN
Aceite DATURA INDIEN

Sachets Oriza Solidificados

ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

Aceite de Hígado de Bacalao

DEL **DOCTOR DUCOUX**

Iodo-Ferruginoso,
al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las

ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLORÓISIS, etc.,

al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr DUCOUX,
Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja
amarga, porque no tiene esta preparacion ningun sabor desagradable y
porque su composicion la hace sumamente tónica y fortificante.

Depósito General : 7, Boulevard Denain, en PARIS

Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.

Desconfiese de las FALSIFICACIONES é IMITACIONES.



detención los hermosos panoramas que varían a cada momento en ambas márgenes del gran río.

Hacienda "La Herminia"

En Ocumare del Tuy la tierra es feracísima, y devuelve centuplicadas las fatigas que a su cultivo se consagran. Por eso, aquí donde no se cultiva, sino la flor, lo más pródigo del suelo, se le da preferencia a esos ricos valles, y en ellos se encuentran haciendas de mucho valor y bien organizadas. Una de ellas es la del General Wenceslao Casado, de la cual presentamos algunas vistas, que dan somera idea de la industria cafetera. En uno de los grabados figuran el dueño de la hacienda y los empleados que comparten con él las faenas ennoblecedoras del cultivo.

Almacén de Guardia Hermanos

En las poblaciones pequeñas un almacén, no es solamente lugar en que se compra y se vende artículos de comercio. Es a la vez la Bolsa, el Casino, el mentidero de la tertulia vecinal, el centro de noticias, el salón de lectura y cuanto se puede ser en la localidad.

Sucedará a veces que estén paralizadas las transacciones; pero nunca se le verá sin clientes, porque éstos no tienen mejor punto de reunión.

El almacén que representa el grabado es el de los señores Guardia Hermanos; uno de los mejores de Ocumare del Tuy.

Dña Flora S. de Sendra

PRIMERA TIPLE DE LA COMPAÑIA DE ZARZUELA

¿Quién no conoce en Caracas a la señora de Sendra, tiple cómica de las compañías organizadas en los últimos años por su esposo? Más que popularizar su simpática figura que está en la memoria de todos, hemos querido rendirle un obsequio publicando su retrato.

Todavía le quedan por recorrer muchos de los mejores años, fáciles y felices por la juventud y la belleza; años en que el público es benigno aun tratándose de leves imperfecciones, por que la mujer, mientras goza de esa primavera es arte intrínseco que no requiere otros méritos para ser agradable y triunfar con sólo mostrarse.

La señora de Sendra irá pronto a Valencia con la Compañía de que forma parte, y le auguramos buena acogida del inteligente público de esa ciudad.

LA MORTALIDAD EN LAS GRANDES CIUDADES

El Servicio Sanitario Imperial de Alemania, acaba de publicar los siguientes datos: con referencia al grado de salubridad de las grandes ciudades según su estadística de mortalidad.

En Berlín mueren 16,³ por 1000, y es de consiguiente la ciudad más sana. Londres y París con una mortalidad de 20,⁵ por 1000, son entre las demás ciudades de Europa las más favorecidas exceptuando a Stockholm y Christiania cuyas proporciones de mortalidad son respectivamente, de 16,9 y 19.—Las ciudades de Europa meridional, sobre todo Italia son las menos bien libradas.—En Roma se eleva la mortalidad 27,⁶ mientras que en Venecia se cuentan 30,¹

Alejandro, de Egipto viene a ser la más mal sana del orbe pues allí mueren 52,9 por 1000.

(Traducido de La Nature)

La "Emulsión de Scott" es no sólo una preparación de mucho mérito bajo el punto de vista médico, sino también se la prefiere por ser el único preparado de su clase que se conserva indefinidamente PERFECTO é INALTERABLE.

Cochabamba. Setiembre 22 de 1893.

Señores Scott y Bowne, New York.

Muy Señores míos: Me es grato declarar a Vds. que desde hace algunos años he recetado la "Emulsión de Scott" de aceite de hígado de bacalao con hipofosfatos de cal y de sosa, y la considero como una preparación de mucho mérito. Se mantiene permanentemente en su estado de Emulsión, aún cuando el tiempo sea muy caluroso, y es más agradable al paladar que las demás preparaciones de aceite de hígado de bacalao que he usado.

Soy de Uds. Atto. S. S.,

DOCTOR GUMERCINDO SORIA GALVARRO,
Ex-Médico del Hospital de San Salvador

LOS COLORADOS

DEDICADO AL GENERAL EDUARDO GONZALEZ

VALE

Por Arturo N. Ibarra

This musical score is for a piece titled "LOS COLORADOS" by Arturo N. Ibarra, dedicated to General Eduardo Gonzalez. The piece is in the "VALE" style. The score is written for piano and features a key signature of one sharp (F#) and a 3/4 time signature. It consists of ten systems of music, each with a treble and bass staff. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, accidentals, and dynamic markings like "p" (piano) and "f" (forte). The piece concludes with a double bar line and repeat signs.

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO

Véndense
en todas las principales Farmacias
y Droguerías.

CHEVRIER

Depósito general:
PARIS
21, Faubourg Montmartre, 21

El VINO con Extracto de Hígado de Bacalao, preparado por Mr. CHEVRIER, Farmacéutico de 1ª clase, en París, contiene, á la vez, todos los principios activos del **Aceite de Hígado de Bacalao** y las propiedades terapéuticas de las preparaciones alcohólicas. Es precioso para las personas cuyos estómagos no pueden soportar las sustancias grasas. Su efecto, como el del **Aceite de Hígado de Bacalao**, es soberano contra la **Escrófula**, el **Raquitismo**, la **Anemia**, la **Clorosis**, la **Bronquitis** y todas las **Enfermedades del Pecho**.

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO CREOSOTADO

Depósito general
PARIS
21, Faubourg Montmartre, 21.

CHEVRIER

Véndense
en todas las principales Farmacias
y Droguerías.

La **CREOSOTA** de HAYA paraliza al trabajo destructor de la **Tisis pulmonar**, por que ella disminuye la expectoración, despierta al apetito, hace que la fiebre decaiga y suprime los sudores. Sus efectos, combinados con los del **Aceite de Hígado de Bacalao**, hacen que el **VINO con Extracto de Hígado de Bacalao Creosotado**, de CHEVRIER, sea el remedio, por excelencia, contra la **TISIS** declarada ó inminente.

LA BOLOGNESE

G. ROVERSI & Ca. - VALENCIA

Nº 92-CALLE DE LA CONSTITUCION - MEDIA CUADRA AL NORTE DE LA PLAZA BOLIVAR - TELEFONO Nº 170

IMPORTACION DIRECTA - VENTAS POR MAYOR Y DETAL

COMPLETO Y ELEGANTE SURTIDO DE MARMOLES,

Lápidas, Letras, Estatuas, Túmulos, Adornos para salas, Mosáico á la Veneciana, Baldozas de varios dibujos, Loza vidriada, Flores de Maiólica.

COLOCACION DE TUMULOS

Construcción de casas, de Panteones, Bóvedas, Barandas y rodapiés.

PIEDRA AZUL DEL MORRO

Gruesa para fábricas y empedrados; y picada para macadan y jardines.

TRABAJOS EN CIMENTO

Tubos para Acueductos y Puentes, Baldozas, Columnas, Adornos, Albañales, Tinas para baños, etc., etc.



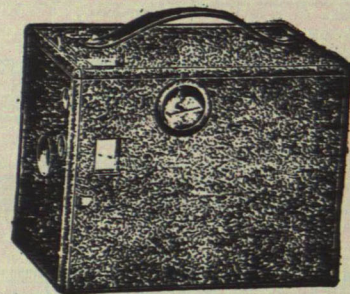
Barandas, Túmulos y Bóvedas de todo tamaño y precio

LA BOLOGNESE

Conservas alimenticias, Aceite de comer, Salchichones, Fideos de todas clases, Arroz italiano, Champagne italiano y Moscato espumante de Asti, Vinos, Licores dulces, Vermouth Torino en cajas y en pipas, Seltz y Limonada en sifón y $\frac{1}{2}$ sifón, botella y $\frac{1}{2}$ botellitas de billius y botellas comunes

NOVEDAD

Camas y Muebles de hierro, con barniz á fuego, imitación madera
Paraguas de Génova, Colchios.



CAMARA BOLIVAR DE VENTA EN EL COJO

Cualquiera puede aprender á tomar buenos retratos en quince minutos con esta Cámara.

LUDWIG KANDLER

PINTOR ARTISTICO DE RETRATOS Y ASUNTOS HISTORICOS
MUNCHEN (Alemania)

Dirección: SCHWANTHALERSTR 48 a

Es notable en la ejecución de obras artísticas de cualquier estilo.

Altars, imágenes, pinturas al fresco y cielos rasos.

Especialista en esta clase de obras de arte y decorados para las iglesias, edificios públicos y particulares, teatros, salones, etc., etc.

Garantiza plenamente el parecido de los retratos que se le confien tanto de bustos, medios bustos, como de cuerpo entero y grupos, bien sea al óleo, acuarela, ó pastel; con tal que las fotografías sean buenas y claras.

También se hace cargo de dibujos para ilustraciones de periódicos, ornamentación de diplomas, documentos artísticos, etc., etc.

PRECIOS MODERADOS Y PRONTITUD EN LA EJECUCION

Referencia: Véase el notable cuadro que hace poco llegó á la Iglesia de San Juan de Dios de La Guaira, obra del artista Ludwig Kandler.